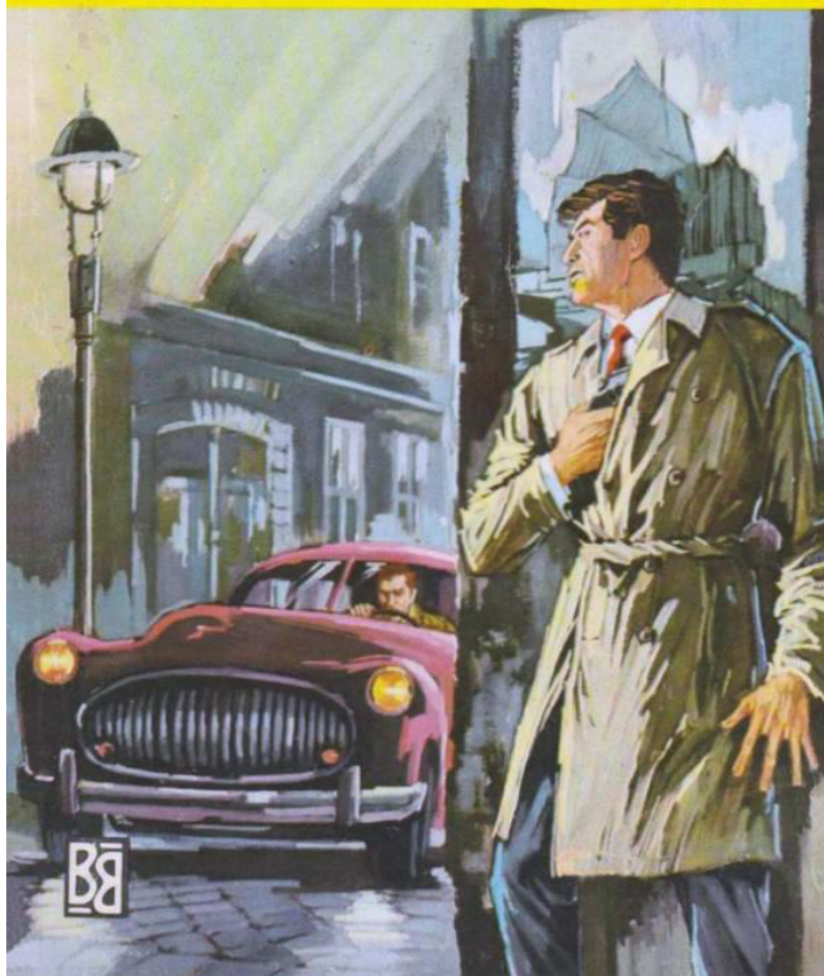


PUNTO
ROJO

agonía para dos

peter debry





PETER DEBRY

AGONIA PARA DOS

PUNTO ROJO n.º 145
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**

EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTÁ



Depósito legal: B. 33489 - 1964
Printed in Spain - Impreso en España
1.ª edición: febrero, 1965

© PETER DEBRY - 1965
sobre el texto literario
© MIGUEL GARCÍA - 1965
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1969

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

CAPÍTULO PRIMERO

Simon Castel dividía el año en cuatro etapas. En verano, formaba parte de cualquier equipo de aserradores en el Pirineo francés. En invierno, se enrolaba en alguna flotilla pesquera de Biarritz.

En otoño, descansaba. Era una estación de melancólica belleza, muy adecuada para el vagabundeo por la costa sudoeste de Francia.

En primavera reposaba también, recorriendo a pie los caminos que florecían por la costa desde Colliure a la frontera italiana.

Su equipo era sencillo. Una mochila por todo bagaje. Unas botas, un pantalón de pana, camisa a cuadros, jersey y cazadora. Esta prenda la cambiaba muy de tarde en tarde, porque al igual que su sombrero impermeable, se amoldaban como una caricia maternal.

No iba andrajoso, pero le hubieran negado la entrada en muchos hoteles. Prefería el tibio calor de los establos.

Fuerte, bronceado por la intemperie, jovial y amable, Simon Castel hallaba con frecuencia Evas que deseaban hacerle comprender que era el hombre adecuado para compartir un sólido hogar.

Huía de las mujeres decentes, en franca retirada casi cobarde. De las demás, también huía cuando se ponían sinceramente sentimentales.

Era para todas el «inquieto y simpático vagabundo» misterioso, sin raíces ni metas. Nadie le había visto nunca triste, porque nadie estaba a su lado las noches en que tardaba en conciliar el sueño.

Entre leñadores fanfarrones o pescadores malhumorados, peleaba con frecuencia, pero su bestialidad contundente tenía un sano primitivismo. Si salía magullado, no guardaba rencor, y si tundía al rival, éste acababa por olvidarlo.

A mediados de mayo, Simon Castel, sentado en una cerca bordeando pastos, junto a la carretera de enlace con la autopista de

Marsella, tiró la vacía botella de cerveza.

Su estómago estaba contento. Las salchichas recién deglutidas eran prodigiosamente sabrosas, y el pichón con setas extraído de la lata recalentada, había sido una delicia.

Deseaba llegar a Fondulac antes de la noche, para lo cual necesitaba un medio de transporte. Por aquella zona, el servicio de autobús funcionaba solamente dos veces al día: de madrugada y al mediodía.

Cerca de la cuneta, en pie, preparó el pulgar, cuando oyó el lejano zumbido de un motor. Vio aproximarse un elegante «Panhard». Adelantó el busto, sonrió amablemente y tendió el pulgar hacia el Este.

El coche no iba a mucha velocidad. Lo conducía y ocupaba un solo individuo de rostro enérgico, que se encogió de hombros al pasar delante del sonriente vagabundo.

Simon Castel se encogió también de hombros, torciendo de nuevo el cuello hacia el Norte. Pero regresó a su primitiva orientación, porque de pronto, unos frenos habían chirriado estrepitosamente.

El «Panhard» último modelo, hacía marcha atrás a gran velocidad. Simon Castel se apartó con elástica prudencia, siempre alerta su instinto de conservación.

El coche se detuvo en seco, y saltó a la cuneta el conductor, brazos abiertos, vociferando:

—¡Sim, el legítimo Sim!

Simon Castel aceptó resignado el abrazo violento, los palmoteos y las exclamaciones jubilosas prodigadas por Olivier Bonard, nativo también de Marsella, oficial de complemento en Argelia, años antes.

—Sube, Sim. Hemos de celebrar este encuentro. No empieces a argumentar ni discutir, porque no admito excusas. Fuiste un gran compañero de armas, eres un gran tipo, y te aprecio. Me ofendería que conmigo te portases como un huraño antisocial, caray.

Castel asentía a todo. También apreciaba a Bonard, aunque hubiese preferido no encontrarlo. Durante la guerra argelina, Bonard consideraba al cabo y después sargento Castel, el prototipo del hombre aventurero que él hubiese deseado ser.

Al arrancar el coche. Bonard rió con sincera alegría:

—Verte me complace mucho, Sim. Esta noche, en Fondulac,

pensaba tan sólo quedarme a cenar, y seguir hasta Nimes. Muy aburrido. Y mira por dónde se me aparece Sim, el gran hombre rebelde y libre.

—Ya será menos.

—Oye, Sim, conmigo no valen las reservas. Fuimos al colegio juntos, nos volvimos a tropezar por Argelia, y yo no soy un majadero intolerante... Bien, perdona, pero te hablo sin tapujos. Con el corazón en la mano.

—Lo sé, gordito, y te amo.

Olivier Bonard rió a mandíbula batiente, como si acabase de oír el chiste del año.

—Hago gimnasia y me doy tandas de baños turcos. Pero me gusta comer bien. Tú sí que has dado con el sistema. Eres un tío feliz, libre de preocupaciones y vas donde le sopla el aire del capricho.

—Pero no tengo como tú, unos cientos de miles en el Banco. Bueno, hace ya un par de años que no nos veíamos, desde aquel día en que desayunabas en Tarbes, durante el verano. Siempre viajando por negocios. ¿Te casaste?

—Resistí como un jabato, pero Elsa es tan sencilla y natural, que sucumbí.

—Elsa Duprez te quería ya cuando íbamos al colegio. ¿Cuántos críos, gordito?

—De momento, no hemos escrito aún a París. Tengo sólo treinta años y he de madurar un poco para sentirme papuchi. ¡Diantres! Será del género idiota, pero me emociona el tenerte a mi lado.

—Puedes besarme. Nadie nos ve, gordito.

Bonard volvió a reír hasta que le saltaron lagrimones.

Durante la campaña argelina, un comandante dijo que si el cabo Castel le hincaba la bayoneta en el vientre al teniente Bonard, éste lo consideraría una broma estúpida.

—Ahora cenaremos a lo grande, Sim.

—Acabo de merendar a lo succulento, Oli. Pero te miraré cenar y casi seguro que me excitarás la gazuza. Y..., ¿qué tal por Marsella, gordito?

—Todos los tuyos, bien. Lo de siempre. Tu madre... Oye, Sim, somos amigos, no simples conocidos. No te encabrites conmigo.

—De acuerdo, teniente. Adelante. Eres tú el único habitante de

Marsella al que yo puedo escuchar noticias de los Castel.

—Gracias, muchacho. Te llevo casi tres años, y me has de permitir hablarte sin tapujos. Está bien que te guste vagabundear, y que no le encuentres salsa al estrecho círculo aristocrático de los Castel, pero, ¿has pensado en que tu madre te echa mucho de menos, porque te tiene puro delirio?

—Ella no me preocupa. Ella sabe que así como vivo, soy casi feliz, y por rechazo, lo es también.

—¡Tú lo has dicho! Casi, casi feliz. Si regresas a tu hogar, tu padre te acogerá brazos abiertos, abdicando su orgullo. Y en cuanto a tu hermana Yolande...

—¿Vamos a dejarlo, gordito? Lo esencial es que todos estén bien.

—No es reproche ni es meterme con tus ideas, Sim, pero de vez en cuando, llegarte a ver los tuyos... Bueno, no he dicho nada, ¡caray! Si fueses otro, te llamaría loco excéntrico, y a otra cosa. Pero como me consta que tienes un corazón como una montaña, y tú mismo padre, con todo lo rígido y duro que es, sabría...

—¡Fíjate! Eso es. Mira aquel reflejo deslizándose sobre el mar. Lo besa, y dentro de un instante, el agua se tornará gris, opaca, y después, negra. Un aire balsámico como éste, no lo fabrican más que por esta costa.

—También la primavera en Marsella es algo supremo, bandido —comentó el exoficial, dispuesto ya a no insistir. Sabía que cuando Castel fruncía el ceño de cierto modo, valía más variar de tema—. No sé por qué estaba ahora recordando aquella negrita canela que en Sidi-Bel-Abés estaba loca por tus carnes.

—Y yo por las tuyas.

—El tiempo que duró nuestra semana de permiso. Buenos tiempos aquellos, Sim. No había ambiciones, ni se pensaba con mezquindad. Veíamos caer a tantos compañeros, que los pequeños problemas allí no tenían cabida. Y allí, las amistades se consolidaban. Nada vale lo que una buena amistad, Sim. ¿Recuerdas aquella noche en Djebel Duar?

Evocaciones de guerra y anécdotas tragicómicas iban desfilando. Bonard hablaba sin cesar, y riendo detuvo el coche ante el «Grand Hotel».

Castel le tocó en el codo.

—Me dejé el *smoking* en el «Ritz», gordito. Te esperaré aquí.

—¡Infiernos, soy un idiota! Pero faltaría más que quisieran impedirnos la entrada.

—Mi categoría me impide rechazar la presencia de un *mâitre* envarado mirándome de arriba abajo, con encubierto desdén.

—Entonces, y antes que le partas la boca a cualquier lacayo, iremos al «Pantagruel». Oye, es un sitio fantástico, típico de verdad, con una cocina de rechupete y unas camareras simpáticas. Un ambiente estupendo. ¿Lo conoces?

—De paso, sin insistir. No estaba mal.

En el «Pantagruel», en la galería del primer piso, había compartimentos decorados con motivos alpinos.

En uno de ellos, pidió Bonard un vino seco, chispeante, que burbujeaba largo tiempo en los altos vasos.

Simon Castel poseía una gran capacidad estomacal, sobre todo si se hallaba en compañía que le fuese grata.

Se acumularon en confusa procesión, especialidades de cocina y selección de bodega.

A las once de la noche, Olivier Bonard encendiendo constantemente un rebelde habano, emitía de vez en cuando un ruidoso hipo, y solemnemente repetía:

—Te adoro, Sim, y a quien me lo discuta o se atreva siquiera a negar que te adoro, lo mato.

Castel asentía con gravedad. A él, la embriaguez no le daba hipo, sino un salvaje brillo en los pardos ojos.

—Sea lo que sea, gordito, perezca quien perezca, siga el albondigón. Pero voy creyendo que no nos vendría mal una blanda cama que se quede quieta, sin balancearse como este condenado suelo.

—¡Infiernos, qué gran idea sugerente y mollar! Sim, eres genial. Vamos a roncar juntos. Tú no te me escapas ahora. Oír tus ronquidos me despepitará.

—Ídem de ídem. Pero como se te ocurra despertarme para volver a contarme tus cabalgatas con Fátima, la que apremiaba a todo el batallón, le juro que te mataré. Vaya, no lo dudes, te mataré... Silencio. Vienen espías enemigos.

El dueño, muy obsequioso, entró presentando una cuenta a tono con el banquete. Bonard asumió talante de hombre plenamente

consciente y observador.

Contrajo las cejas y apretó las quijadas para evitar un hipo inoportuno. Colocó unos billetes en el platillo y decretó solemne:

—Mañana, la liquidación. Ahora guíenos a una habitación con dos catres confortables. Nos despertará a las ocho tocantes. Vamos, Sim. Seguiremos la discusión arriba.

El dueño les precedió. En el piso segundo, se detuvo ante una puerta.

—Cuarto de baño, y todas las comodidades, señores...

—Lo veremos, buen hombre, seguro que sí. Hasta mañana.

Cerrada la puerta, agregó Bonard:

—Lo traté con decoro, pero a la debida distancia, ¿te diste cuenta, eh?

Castel apuntó con la zurda hacia las dos camas. Masculló:

—La distancia más corta entre dos puntos móviles, es la línea aérea.

Bonard, acercándose a su cama, tras unos rodeos totalmente superfluos, dejóse caer boca abajo. Su voz se hizo suplicante:

—Sargento Castel, póngase el equipo ligero y salga en descubierta de exploración. He perdido el contacto con eso redondo que apaga el infernal foco luminoso.

—A la orden, teniente tripita.

Castel arañó prolongadamente la pared hasta tocar el tablero de conmutadores. Primero brotó una luz roja. Bonard gimió:

—Ataque beduino. Cuerpo a tierra.

Al encenderse la luz azul, comentó Castel:

—Salió el arco iris, concho.

El tercer botón sumió el cuarto en completa oscuridad. Y Bonard desde su cama, aprobó:

—Magnífica labor, sargento Sim. Recuérdeme mañana que le condecure con una triple barra de chocolate. ¿Me quieres, Sim?

También boca abajo, colgante una pierna y un brazo, Castel emitió una serie de gruñidos incoherentes, que se ahogaron en un prolongado ronquido de su compañero.

Minutos después, a tientas, Castel logró colocar de costado a Bonard. Cesó éste en sus ruidosos ronquidos.

Castel volvió a agarrarse a la almohada, pero el suelo seguía subiendo y bajando. Por fin, el sueño le libró del mareo.

Cuando se incorporó en la cama, se apretó los labios, porque le parecían de corcho. Gimió. Tras su cabeza se hincaban miles de alfileres.

Era necesario acallar aquel zumbido molesto y machacón, cuya procedencia no lograba adivinar.

Por la ventana penetraba luz de día. Se puso en pie con dificultad, asiéndose la cabeza. Fue recordando y rezongó:

—Te lo dije, gordito. No conviene mezclar a la hora del postre, el coñac con anís y pastis. Tumba a un búfalo.

Asió el teléfono, que era la causa de su despertar. Una voz ceremoniosa le comunicó:

—Buenos días, señor. Son las ocho y cinco minutos, señor.

—Enterados. Gracias.

En el cuarto de baño, abriendo los dos grifos, Castel se quitó la cazadora, el jersey y la camisa. Los dos chorros repicando sobre su pescuezo, empezaron a devolverle a la normalidad.

Cuando se hubo masajeado la cara, pecho y brazos, hasta enrojecer el bronceado musculoso, se sintió nuevo. Silbando mientras se secaba, canturreó la tonadilla de diana militar:

—«¡Piojoso, levanta, tira de la manta!». Oído al parche, teniente tripita. Sonaron las ocho, y ya los gallos se quedaron afónicos.

Revistiendo la camisa manifestó:

—Vamos a pedir con la máxima urgencia, un bidón de jugo de naranja, y una jarra de jugo de tomate. Lo mejor para colocar el estómago en su lugar, descanso. Tengo la boca como un parche, gordito.

Penetró en la alcoba, contemplando al que, vestido y tumbado de lado, continuaba sin demostrar intenciones de levantarse.

—A la ducha, holgazán. ¿O tendré que llevarte en brazos, tripita?

Junto al pie de la cama, permaneció Castel con las dos manos inmóviles a la altura del pecho, donde abrochaban un botón rebelde.

Había visto centenares de muertos. Y centenares de compañeros durmiendo agotados. Había un algo diferente en los dos modos de estarse quietos.

Caminando de costado, como si temiera una emboscada maligna, se aproximó al centro lateral de la cama. Imploró:

—Gordito, no... No puedes hacerme esto a mí... No, corcho.

Sintió repentinos deseos de maldecir, pero no sabía a quién ni por qué. Miraba con fijeza el orificio en la frente del hombre acostado sobre su brazo izquierdo.

Un orificio rodeado por dos círculos. Uno, negro, y otro, grisáceo, hinchado. Un trazo rojizo bajaba desde la frente, surcando un pómulo, una mejilla, y perdiéndose por la almohada.

Lo que resultaba casi insoportable para Castel, era que, muerto, Olivier Bonard sonreía. Plasmada en su boca una mueca de regocijo.

La bala que salpicó a quemarropa la piel con granulaciones antes de hundirse en el seso, debió sorprender a Bonard soñando con alguna evocación divertida de sus tiempos militares.

En pie, contenida la respiración, notó Castel que algo quemante se deslizaba por sus mejillas después de arder en sus pestañas.

Su diestra avanzó hasta quedar de plano sobre una fría mejilla. Intentó rezar, pero ya no recordaba. De sus labios brotó un ruego pueril:

—Haz que encuentre Allá un alegre compañero, Señor, porque era un hombre bueno.

No supo el tiempo que permaneció, deseando un milagro, deseando sentir bajo su palma, calor de vida. Pero sólo percibía la rugosidad de una piel sin afeitar, fría, flácida.

CAPÍTULO II

No podía aguantar por más tiempo la contemplación de aquella sonrisa. Revolviéndose con furia, cogió el teléfono:

—Avisen inmediatamente a la Prefectura. Mi compañero está muerto.

Dejó caer el aparato, y a su vez se desplomó en la cama, golpeándose repetida y lentamente la cara con los dos puños.

El dueño, ante la inutilidad de sus llamadas, abrió con llave maestra. Y así fue como el brigada de la Prefectura de policía local. Regis Colbert, conoció a Simon Castel.

Sentado en la cama, y dándose lentos golpes con ambos puños sobre las sienes y maxilares.

Empujando hacia fuera al dueño, esposa y camarera, cerró Colbert. Dos gendarmes miraban hacia el suelo. Colbert vio también la pistola, pero no la tocó. Saludó incisivamente:

—Buenos días. Trate de serenarse y explíqueme lo sucedido. Soy el brigada Colbert, de la Prefectura. Explíquese.

Simon Castel bajó los brazos, apoyando las manos sobre los muslos. Relajó los músculos faciales, procurando también dar a su cuerpo un desmadejamiento total.

—Me llamo Simon Castel. Ayer tarde, hacia las seis, en la carretera descendente de Bourgvillie, esperaba un coche que me recogiera para traerme aquí, a Fondulac. Pasó mi amigo Olivier Bonard. Hacía tiempo que no nos veíamos. Cenamos aquí. Bebimos mucho. Demasiado. Esta mañana, me despertó el teléfono. Tras despejarme lavándome, quise despertar a Bortard. No sé más.

Sin brusquedad, casi afable, opinó Colbert:

—Posiblemente, discutirían embriagados. Mala suerte, Castel. Debió ser un desagradable despertar. ¿Reconoce como suya esta automática?

Siguió Castel la trayectoria de la mano del brigada, viendo por

vez primera la pistola. A dos pasos de la mesita de noche, sobre la alfombrilla de esparto.

Denegó con la cabeza. Colbert aclaró:

—Por ahora, no tendré en cuenta oficialmente, sus negativas. Usted mismo telefoneó, aguardando nuestra llegada. No empeore las cosas, negando lo evidente. Un jurado puede admitir con indulgencia el homicidio.

—No, yo no maté a Olivier. Ni siquiera conocía la existencia de esta pistola. No he matado a Bonard.

—Procure no enfurecerse, por su propio bien, Castel. Una camarera oyó que usted le decía a su compañero Bonard, textualmente: «Te juro que te mataré». Luego, cuando entró el dueño, vio que su compañero circunstancial tenía el ceño fruncido y apretaba las mandíbulas. Ahora, intente usted recordar el motivo de la discusión.

—Olivier Bonard fue mi único amigo en la campaña argelina. Estudiamos juntos, en Marsella. Anoche nos emborrachamos, y esta mañana... así me lo he encontrado. Nada más podré decirle, brigada.

—Bien. Como usted quiera. Le tomaremos declaración oficialmente, en la prefectura. Iré después. Llévenselo.

Castel contempló a los dos gendarmes que se acercaban. Uno de ellos balanceaba unas esposas. Colbert añadió:

—Si pretende escapar, tomen las medidas oportunas. De momento, sólo va a declarar.

Castel no se dio cuenta de lo que escoltaba su camino. Las miradas reprobadoras del dueño, su esposa, el cocinero, las camareras... Entró en el segundo coche ante la puerta, sin ver tampoco al grupo de curiosos.

Siguió en silencio hasta que, por el codo, uno de los gendarmes le indicó que se detuviera. Miró al otro lado de lo que parecía un mostrador.

Un cabo de la gendarmería, preguntaba:

—¿Nombres, estado, etcétera?

—Simon Castel, veintisiete, soltero, nacido en Marsella.

—¿Cargo?

Respondió uno de los gendarmes:

—Arresto previo, en espera de que le tome declaración el

brigada.

—Pásenlo a la fresquera.

Poco después, Castel se sentaba en un taburete empotrado, acodándose sobre un madero transversal, en una salita encalada, cuya única puerta era una cancela de barrotes comunicando con un largo corredor.

La luz eléctrica hacía aún más blanco el cuadro de tabiques. En otro taburete, frente a él, al otro lado del tablero, sentóse uno de los gendarmes, rechoncho y canoso, que parecía muy interesado en el examen de sus propias botas.

Castel intentaba por todos los medios posibles no pensar en Marsella. Se impuso un recorrido imaginario por Argelia, por Biarritz, por los Pirineos vasco-franceses...

No supo que las horas transcurrían, hasta que cerca de las dos, el gendarme recogió por entre los barrotes, un termo con café. Bebió Castel ansiosamente.

Se fue el gendarme y en aquel cuarto semejando una sala clínica, entraron tres hombres. Uno era el brigada Colbert. Otro, un individuo con gafas al aire.

El tercero era un hombre de paisano, alto, joven, de aspecto deportivo.

—Hola, Castel.

Simon Castel alzó la cabeza. Creía reconocer al deportista, que severo el semblante, especificó:

—Just Lefranc, de la Sección Homicidios de Marsella. Tienes que acordarte de mí. Dejé la Universidad en el segundo curso. Ingresé en la policía.

—Creo recordarte.

—Toma un cigarrillo, y vamos a charlar un poco. Al brigada Colbert ya le conoces. Este señor es el analista forense. Según parece, anoche discutiste con Bonard.

—Bebimos demasiado, y puede ser que dijéramos tonterías. Pero...

Encogiéndose de hombros, tras una pausa, añadió Castel:

—Como queráis. Tú pregunta, y yo procuraré ser lo más claro posible.

—El brigada telefoneó a la Central de Marsella, para inquirir información sobre ti y sobre Bonard. Me llamó el comisario, y aquí

estoy. Si quieres reconocer que el arma era tuya, y que tuviste una discusión con Bonard, será mejor para todos, Castel.

—La pistola con silenciador la vi por vez primera cuando me la señaló el brigada. No tuve discusión alguna con Bonard, a no ser las majaderías que dice uno cuando está borracho. Me desperté y le encontré sin vida. Nada más puedo decirte.

—La ventana y la puerta estaban cerradas por dentro. Sin señales de fractura ni forzamiento, Castel. No hay huella alguna en la culata. Le falta una sola bala. La que se alojó en el cráneo de Bonard. Temo que te molestará lo que debo revelarte. En el bolsillo interior de tu cazadora fue hallaba la cartera de Bonard.

Crispados los puños, Castel inicio un salto hacia adelante. El brigada Colbert apoyó ambas manos en sus hombros, aconsejando:

—Siga sentado, Castel. No haga más difícil nuestra labor. El inspector Lefranc pretende ayudarle.

—Bien... Entonces, razonemos con lógica, Lefranc. Vamos a dar por admitido que yo sea un indecente ladrón, capaz de matar a su amigo... ¿Iba luego a telefonar y esperar a la policía?

—Pudiste pensar que el personal del «Pantagrúel» te describiría con toda clase de detalles.

—De acuerdo. Pero entonces, la cartera habría regresado al bolsillo de Bonard... Todo esto es ruín, Lefranc, muy mezquino.

Just Lefranc hizo un ademán. Salieron de la celda Colbert y el perito de laboratorio. Sentóse Lefranc.

—Escucha, Castel. En nuestro oficio, es proverbial el endurecimiento. Llegamos a desconfiar de nosotros mismos. Hemos de olvidar nuestras personales tendencias y atenernos a hechos.

—Lo comprendo perfectamente.

—La reacción de uno que mata en un arrebató, es muy ilógica. Compréndelo también... Salvo el criminal nato, nadie puede matar y permanecer luego con el entendimiento despejado y lúcido. Es posible que sin proponérselo, Bonard pudo ofenderte. Háblame con confianza, Castel.

—No puedo decirte más de lo que he declarado, a menos de inventar para complacerte.

—Lo siento, porque obligarás al buen Colbert a emplear el método ordinario. Se relevará con otros, rociándote de preguntas rutinarias. Intentarán pillarte en un renuncio contradictorio. Se

cansarán, y te fatigarás.

—Gracias por tu amabilidad, Lefranc, y lo digo sin ironías. Pero es como si quisierais sacar agua de un pozo seco.

—Bien. Como quieras. Volveremos a vernos. Hasta pronto, Castel.

Salió Lefranc. Poco después, el brigada Colbert y dos agentes, empezaban la letanía de preguntas, alternándose.

A las seis de la tarde, cansado, con una fatiga moral, más que física, Simon Castel declaró:

—Para terminar con todo esto, ¿qué tengo que confesar, brigada?

—La verdad únicamente.

—Me refiero a que quiero ya terminar con el agobio.

—Reconozca pues, que el arma era suya y que no recuerda cómo surgió la disputa ni cómo ni cuándo disparó. Los testimonios concuerdan en que usted y la víctima estaban bebidos. Poco antes de acostarse, debieron disputarse. El forense sitúa la muerte de Bonard entre las once y la medianoche.

—Firmaré lo que sea, pero déjenme a solas.

Firmó. Fue trasladado a una celda con camastro y lavabo. Se echó boca abajo. Le sirvieron una cena abundante, que apenas tocó. Cuando abrieron nuevamente la cancela, se incorporó aburrido.

Al reconocer al visitante, su rostro de crispó en mueca dolorida.

Alto y corpulento, Jean Claude Castel ostentaba una constante y natural severidad. Vestía siempre impecable, pero sólo dos colores: negro y gris oscuro.

Contempló el hatillo de la cazadora, el jersey, el sombrero abollado, sobre la mochila en un rincón. Por fin, dijo:

—Tenía que ser así, tenía que ocurrir, Simon. No podía ser de otro modo.

Su tono habitualmente conciso, seco, tenía ahora un temblor apenado. Simon Castel se puso en pie. Trató de dominar el ansioso impulso de besar, como cuando era niño, la diestra severa, pero justa.

—Tú no puedes creer que yo maté a Olivier Bonard. No puedes creerlo.

—Me atengo a los hechos, Simon. He venido a verte, porque...

—Y truncada la voz, Jean Claude Castel bajó la cabeza, para

murmurar—: No tienes perdón, porque causarás la muerte de tu propia...

—¡No lo digas! Luego, serías el primero en arrepentirte. Ella sabe muy bien que yo no soy capaz de ninguna canallada.

—Propiamente no es el calificativo. Los señores policías admiten que fue un arrebato producido por el alcohol. El inspector Lefranc ha solicitado que le entreguen el expediente. Haré lo imposible.

—Yo lo que quiero, es que vosotros, al menos vosotros...

—Y tú por lo menos, tendrás que admitir que...

No pudo seguir siendo el severo juez de su hijo. No se movió, pero Simon Castel, comprendió. Impulsivamente, ambos hombres se abrazaron. Y al desprenderse, expuso el visitante:

—Eres un Castel, y tu obligación era cumplir conmigo, y no dedicarte a una existencia impropia, de mendigo errante... Ahora, ¿qué has conseguido? Verte aquí, tras una vergonzosa borrachera con el alocado de Oliver Bonard... Tu madre quería venir. Espera en el coche. Pero no consentiré que te vea en este estado... Es vergonzoso, vergonzoso, Simon.

—Sí, padre —admitió él, dócilmente.

Tres años antes, al separarse, habían discutido acremente. Ahora, ambos trataban de ser, cada cual a su modo, complacientes. Uno, paternal y avergonzado; el otro, dócil, sin rebeldías.

—No tienes ya la excusa del desquiciamiento de tu servicio en Argelia, Simon. Otros fueron allá, y hoy ocupan cargos decentes y normales. La vida no es como pensabas, Simon. La verdadera libertad se consigue con el aprecio de tus semejantes, aportando tu esfuerzo a la sociedad... El inspector Lefranc me ha prometido que, en plena justicia, podrá conseguirse un mínimo de condena, ya que concurren atenuantes en tu... horrible acción.

—Lo que me duele, padre, es que ahora tú le sientes avergonzado.

—De mis pecados o debilidades no serás tú nunca el responsable. En cambio yo sí lo soy de tus errores. Debí azotarte cuando me dijiste que nuestra casa, con sus cursilerías y convencionalismos, era una jaula de oro en la cual un aguilucho como tú se moriría de fastidio. Entonces fue cuando debí imponerte mi autoridad.

Simon Castel se limitó a asentir respetuosamente.

—En fin, hijo, esta dura y amarga prueba quizá te demuestre que yo estaba en lo cierto. Volveré a casa apenado, pero no te preocupes por mí, hijo. Ha sido un accidente deplorable... No una mala acción, hijo.

Un ronco sollozo arañó la garganta de Simon Castel, porque nunca había visto en los ascéticos labios de su padre, aquel temblor.

Jean Claude Castel dio media vuelta, despidiéndose:

—Más tarde, permitiré que tu madre te visite. Y procura dominar tu temperamento indómito. No quiero oír quejas de tu comportamiento.

A solas, Castel paseó unos instantes en el estrecho espacio. Nunca había odiado a nadie y desconocía esta pasión.

Ahora, acababa de trabar conocimiento con el ácido corrosivo del odio.

Sentíase capaz de torturar, riéndose, de atormentar con refinados suplicios, a la persona que apretó el gatillo de una pistola con silenciador.

No podría nunca olvidar la confiada y alegre sonrisa de Olivier Bonard.

Se durmió avanzada la noche, porque su cerebro era ya un caótico hervidero de confusión, donde solamente imperaba el odio.

Un odio tanto más avasallador cuanto que era inspirado, según la fórmula consabida, «por persona o personas desconocidas».

CAPÍTULO III

Se despertó cuando el celador dejaba sobre el escabel empotrado, un jarrillo con café y un panecillo. Estaba paseándose cuando volvieron a abrir la cancela.

Just Lefranc avanzó señalando el hatillo:

—Vístase, Castel. Vamos al laboratorio. No quiero darte falsas esperanzas, pero en este momento, me complace mucho el pensar que mi opinión personal pueda coincidir con la fría deducción científica y exacta. Hay un indicio que te es favorable.

Nerviosamente, revistió Castel su jersey y la cazadora. Tras calarse el sombrero, se abrochó los tirantes de la mochila. Gestos maquinales. Y siguió apresuradamente a Lefranc, que continuaba exponiendo:

—Ayer tarde, a las siete, me entregaron las diligencias previas. Pude actuar por mi cuenta. Deseé informarme a fondo sobre Bonard, y algo he obtenido, pero...

Calló, porque atravesaban el abierto rastrillo. Ya subiendo por la escalera interior, prosiguió:

—Hay detalles, a veces insignificantes, que tienen una irrefutable solidez. En tu desgraciado accidente, has tenido la suerte de que se presente un factor curioso.

Llegaban ya a un rellano, y volviéndose, añadió Lefranc:

—Enséñame tus dos manos.

Extrañado, pero dispuesto a complacer en todo a Lefranc, Castel extendió ambas manos. El policía frunció las cejas mientras, entornando los párpados, examinaba meticulosamente, palpándolos, los dos índices.

—Vamos bien, vamos bien —comentó complacido—. Sígueme.

Tres puertas más allá, en una sala con largos bancos de mármol y estanterías con probetas, microscopios y aparatos desconocidos para Castel, el perito bosquejó una sonrisa al oír decir a Lefranc:

—Nada en absoluto. Lo que supuse.

El analista cogió las dos manos de Castel que, totalmente aturullado, dejó hacer. Atrayéndole hacia uno de los bancos, el perito pidió:

—Haga el favor de ir girando el índice diestro, muy lentamente, apenas encienda yo la pantalla.

Un cristal se iluminó, y debajo hizo Castel rodar con mucha lentitud su índice derecho.

—El izquierdo ahora, señor Castel.

«Señor Castel», pensó complacido. No entendía una sola palabra de todo aquello, pero volvía a ser el «señor» Castel.

—Bien —dijo el técnico, apagando—. Ponga cara arriba la yema de su índice derecho. Gracias.

Sintió Castel un pinchazo, viendo luego como al extremo de lo que parecía un lápiz, rematado con un cuentagotas, se redondeaba una bolita de su propia sangre.

—Cuestión de minutos, inspector.

Lefranc tocó en el hombro a Castel.

—Ya es hora que comprendas de qué se trata. Ven aquí.

En el mismo banco, en una esquina, había varias cartulinas negras, brillantes, tensas entre pinzas y grapas. Al encenderse tras ellas una luz, se destacaban diversos objetos.

Fracciones de una pistola, desmontada, y completa. Lefranc señaló la que reproducía el portagatillos.

—Ignoro el motivo, ya que la pistola había sido sometida a los procedimientos de análisis rutinario, se me ocurrió revisarla. No puedo razonar el motivo que me impulsó.

—Quizá porque eres un buen detective y querías ayudarme.

—Puede que sí. Se habían limitado a comprobar que la bala que mató procedía de esta pistola. Descargué el arma, y con los guantes de amianto, apreté el gatillo, un gesto maquinal. Era duro, muy duro. Examiné el gatillo y sus muelles bajo lente de cien aumentos. Míralo.

Absorto, Castel se aproximó a la cartulina, y el puntero manejado por Lefranc recorría ahora un contorno:

—Hay un defecto de fabricación. Una rebaba en el metal. Un saliente acerado que sobresale del montaje donde juega el gatillo. Envolví el índice de mi guante con papel parafinado, y cada vez que

apreté el gatillo, se hundió este saliente en el papel, dejando su huella profunda.

Escuchaba Castel con gran interés.

—Llamé al técnico. Y halló lo que la vista más aguda no podía ver. Un trapo, un pañuelo, ya lo sabremos, fue frotado con vigor en torno al gatillo. Tal vez, el asesino quiso solamente quitar la sangre que atribuyó a la víctima, atribuyendo también seguramente su pinchazo a cualquier otra causa.

—Entonces, el que mató, está señalado.

—En efecto. Tuvo que causarse una incisión penetrante en su índice. La microscópica huella de sangre hallada, pertenece a un grupo bien delimitado: linfático fundamental, de no sé qué clasificación. Tú tienes los índices y demás yemas desprovistos de arañazos y cortes.

Entraba el técnico llevando una pátina de cristal. Dijo:

—No tiene usted nada de linfático, señor Castel, ni pertenece al grupo «Seg2». Le felicito.

Por el codo, atrajo el policía a Castel fuera de la sala, y así lo condujo hasta el vestíbulo de salida, diciendo al pasar:

—Bajo mi responsabilidad, anote la salida definitiva del declarante señor Simon Castel, libre de todo cargo.

En la calle, mostró Lefranc un «DS».

—Te llevaré, Castel.

Arrancando, manifestó el policía:

—Tengo que regresar a Marsella.

—Bueno. Oye, gracias de veras... Tú... ¡Alto, concho!

—¿Qué sucede? —indagó Lefranc, impasible, sin disminuir la velocidad.

—Yo no voy a Marsella.

—Tu vida privada, tu manera de pensar, no me incumben, pero hay algo que sí quiero decirte. Tu madre y tu hermana, me visitaron anoche... Y tú vas a verlas ahora, para que se queden tranquilas.

—Tú irás a tranquilizarlas. Yo volveré allá, cuando haya podido darle una buena agonía a un cerdo, porque sólo un sucio animal canallesco pudo matar al bonachón de Bonard.

—Lamento defraudarte, pero Bonard no era tan bonachón como suponíamos todos. Ocurre con frecuencia que, muchas vidas siguen siendo aparentemente honorables, mientras no tenga que bucearse

en ellas.

—Olivier era un hombre de negocios irreprochables.

—Sí, sí, así lo parecía. Vendía sobre todo, mecanismos ingeniosos. Cajitas de música, exportadas de Centro-europa, radios de bolsillo, televisores miniatura, aparatos de precisión. Era todo un técnico en mecanismos complicados. Dime: ¿Oíste hablar de Roger Dekobra?

—Cada vez que por los barrios bajos de Marsella muere a tiros un jefecillo pandillero, la policía interroga a Roger Dekobra, el gran caído del hampa. Y siempre resulta inocente... ¡Canalla! ¿Crees tú que es Dekobra el que...?

—No, no, pero si tan honorables eran los negocios de Bonard, ¿por qué era tan amigo de Dekobra? ¿Por qué los veinte mil francos que llevaba en la cartera, corresponden a igual cantidad de billetes numerados que proceden de una cuenta corriente de Dekobra?

—Bien... Quisiera saber una cosa, Lefranc. ¿Estoy o no estoy libre?

—Por completo.

—Entonces, déjame en Montolivet. Te lo ruego... Será otra prueba más de tu nueva amistad, si no discutes.

—Me limitaré a expresarte que tu renuncia a ver a los tuyos, es poco digna de tu verdadero carácter. Todos los informes te presentan como pendenciero, pero leal y sin rencores. Si tu padre te echó, si ayer te habló con dureza, debes comprenderle.

—Tiene toda la razón, pero yo he de encontrar al que mató a Bonard. No me importa que Bonard estuviera metido en negocios sucios. Me tiene sin cuidado. Para mí, el gordito tripita era un compañero de fatigas, era un amigo cabal.

—La misión que te propones suscita aquello de «zapatero, a tus suelas». A mí me pagan un buen sueldo, los contribuyentes. ¿Y por qué crees que se rasan los bolsillos?

—De acuerdo. Tu oficio es detener a los delincuentes. Pero a mí, todo me sabría a vinagre por mi casa, mientras el canalla que mató a Bonard, anduviera suelto.

—Déjalo de mi cuenta.

—Escucha, he estado vagabundeando, con fusil y macuto primero, y después con bastón y mochila, cerca de seis años. Mis ideas de independencia se han ido suavizando. Aunque me cueste

un poco lo que quiere mi padre, lo haré. Me embutiré un traje limpio, corbata y sonreiré en un lujoso despacho, procurando ser un ciudadano consciente y organizado. Díselo así a mi viejo. Pero ahora, tengo que sacarme una espina dolorosa.

—Eres libre y no hay ley que te impida recorrer campos, montañas, valles y ciudades. Pero Roger Dekobra no tiene nada que ver con la muerte de Bonard.

—¿Está demostrado?

—Es simplemente, mi opinión personal. Diré más. La muerte de Bonard le ha sentado muy mal a Dekobra. No negó que fueran suyos los veinte mil, que según dice entregó para la compra de unos aparatos electrónicos. Pero no debes ir a hacerle preguntas tontas. Olvídate de él.

—Montolivet. Parada y fonda, Lefranc.

Detuvo el policía su coche. Apeándose, tendió Castel la diestra.

—Mejor que a los Castel no les digas nada de Dekobra, ni mis intenciones. Asegúrales que simplemente acabaré de conformarme durante unos días a la firme convicción de regresar al hogar, ya curado de mi absurda pretensión de ser un Castel vagabundo.

—Vuelve cuanto antes a tu casa, Simon. Es tu sitio.

Simon Castel se sentó en el altozano de la cuneta.

Su primera visita sería para Elsa Duprez, la mujer sencilla y sana, la esposa ideal de Olivier Bonard.

Al extremo norte de Marsella, en el alegre y limpio barrio de Aygalades, estaba la casa de dos plantas, con jardín en rededor, que dos años antes adquirió Olivier Bonard.

Al mediodía, las amas de casa atareadas, miraban con reprobación al fuerte y joven vagabundo de larga melena negra asomando bajo el retorcido sombrero resudado.

Simon Castel sacudió la manecilla de la verja. Se acercó una mujer de edad, que con ceño colérico, dijo con sequedad:

—Siga su camino. No es ésta la casa, ni tampoco el día...

—Lo sé, buena mujer. Avise a su señora, que el hombre que Bonard llamaba Sim, necesita verla con urgencia.

Ella dio media vuelta, para al regresar abrir la verja, tratando de disimular su asombro.

—La señora le recibirá arriba. Está algo indispuesta. Usted ha de saber que la pobre señora...

Se calló porque Castel subía de dos en dos las escaleras. Había una puerta abierta en el ala izquierda, al fondo.

Una antesala, donde vistiendo una bata casera, Elsa Duprez, la plácida descendiente de canadienses, desde su sillón, hizo un gesto invitador.

Aproximándose a ella. Castel cogió la diestra que apoyó en su mejilla.

—Yo... nunca lo creí, Sim. Cuando un policía te acusó, no lo creí. Y cuando hace una hora apenas, me telefoneó el inspector Lefranc, le dije que fue injusto hacerte sufrir. No querían darse cuenta de que Olivier te tenía un gran cariño.

—Oli se quedó sonriendo, Elsa... Porque me había encontrado, habíamos bebido a gusto, y sonreía, ¿sabes? No sintió el menor daño. Se marchó sin pena... Contento. ¡Cristo, por lo que más quisieras, Elsa! No te contengas.

—He llorado ya cuánto podía llorar, Sim. El inspector Lefranc ha sido muy amable conmigo. Yo no podía decirle nada, puesto que nunca quise hacerle preguntas a Olivier. Él quería para mí una casa bonita, y ya la tengo. Él quería para mí una cuenta corriente abundante... y la tengo.

Sentándose enfrente a ella, bajó Castel la voz:

—Yo dormía, mientras él pasaba al sueño definitivo. Tú sabrás comprenderme, Elsa. Yo me consideraría un falso amigo, si me cruzase de brazos, a esperar. Yo quiero hacerle pagar con agonías esta canallada, al que la cometió, sea quien sea. ¿Me comprendes, Elsa?

—Tú eras el amigo que más quería Olivier.

—No me importa que el gordito haya robado, haya traficado en lo que sea, haya matado si le fue preciso. No me importa. En la guerra, Oli fue todo un hombre. Podía quedarse enchufado en los puestos de mando, pero venía con nosotros. Era un valiente jovial. Y ahora, para mí el único objetivo es oír crujir lentamente el cuello del que... Bueno, yo sé que tú entiendes lo que siento, pero has de ayudarme, Elsa.

—Eras un estudiante, cuando le dijiste a Olivier que yo era una chica hecha a la medida para él, ya que en dándome una gran cocina, hasta dormiría en ella. Y que sabría esconder mis celos. Olivier fue el mejor de los hombres para mí. No me preocupaba que

en sus viajes conociese a otras mujeres. Sabía que volvería a mí. Te he comprendido, Sim.

—Si alguna vez invitó a cenar a alguna mujer, puedes estar segura que luego tenía que tomar bicarbonato, y se sentía culpable.

—Eso es. Y por ello, más le quería. Pero... hubo una mujer. No lo diré ni lo he dicho a la policía, Sim. No quiero que echen barro sobre la tumba de Olivier.

—Hay también un hombre. Se llama Roger Dekobra.

—Sí, también. Un mal hombre, Sim, pese a sus modales. Un mal hombre. Pero todavía es peor ella. Créeme, Sim, no hablo como mujer celosa.

—No podías tener celos, porque la parte más limpia, el trozo de corazón donde guardaba Olivier sus buenos sentimientos, eran para ti.

—Pero esta mujer es perversa. Lo envenenaba. Que Dios la perdone, porque yo no puedo. Se llama Silvia Meyran, y hubiera disfrutado quitándome a Olivier. Que no sepa ella que eras el único amigo de verdad de Olivier. Es bonita y perversa. Ten cuidado, Sim. Puede que ella sepa mucho, pero no te lo dirá.

—¿Dónde vive?

—Posa para fotografías de revistas de todas clases, tanto en Marsella, como en Lyon y Villefranche. En cada una de estas ciudades, tiene un estudio, según llama ella a su piso. Ahora está en Marsella, y tuvo la osadía de acudir al entierro. Fue un escarnio, porque vino vestida de negro. Que Dios la perdone, porque yo nunca podré.

—¿Alguien más o algo más, Elsa?

—Olivier tenía un taller personal en la otra casa. Un día, quemó todos sus papeles y destruyó sus aparatos. Fue cuando vinimos a vivir aquí. Ya no trabajó más en casa...

—¿Se prolongaban mucho sus viajes?

—Duraban de siete a diez días. Nunca le pregunté nada y me lo agradecía. Siempre decía que todo estaba en regla y que no me preocupase. Me traía joyas y más ropas de las que pudiera yo desear. Nunca me habló de Roger Dekobra ni de Silvia Meyran... No te diré que no vayas a verlas a estas dos malas personas, Sim, pero... no seas leal con las malas personas. Nada más sé, Sim.

Levantándose, besó Castel en ambas mejillas a Elsa Duprez, que

le correspondió de igual manera.

—Me gustaría que fueses a visitar a mi madre. Le dices que muy pronto seré el Castel que ellos quieren.

—Lo haré. Y rezaré por ti. No soy muy inteligente, pero Olivier no ganaba tanto dinero... porque sí. Ten mucho cuidado, Sim. Rezaré por ti.

En la calle, Castel sintió más intenso su odio contra la «persona o personas desconocidas», responsables de la viudez de Elsa. De momento, iba a dedicar su máxima atención al caído del hampa marsellesa, Roger Dekobra.

Y a Silvia Meyran, la modelo de fotógrafos artísticos.

CAPÍTULO IV

Joel Franchot, fotógrafo de arte, asomó la cabeza:

—El siguiente, por favor.

Conservaba aún el acento canadiense, aunque llevaba once años residiendo en Marsella.

Estudió profesionalmente al joven de tez bronceada, ojos pardos y negrísimo cabello largo, bien cortado al igual que su traje gris. Una camisa cara, una corbata de dibujo exclusivo...

—Habrá leído ya las tarifas, señor.

—Vengo de lejos, y tengo ahorros largos. Una foto de puro arte, puede costar hasta cinco billetes de cien, ¿no?

—Y también más, ¡oh, sí, señor! Hay determinados juegos de luces y composiciones, cuyo acierto, y en esto consiste mi arte, dan realce a la figura.

—Verá... Tengo entendido que posa para usted una señorita a la que he visto algunas veces. No sé si debo decírselo. Es confidencial.

—Un artista es como un médico, señor. Respeta el secreto profesional.

—Quisiera una foto a mi gusto, tal como al soñarla, veo yo a la señorita Silvia Meyran.

—¡Caramba! Esto es delicado. Y depende, naturalmente. ¿Cómo la sueña?

—Un vestido primaveral. Manos cruzadas sobre el busto. Así es como la veo soñando, ojos abiertos.

—Un cuadro artístico, ¡oh, sí, señor! Puedo avisar a la señorita Meyran, pero es muy solicitada. En un caso así, no creo que acudiese por menos de quinientos francos.

—Y otros tantos para usted, son pocos, señor Franchot. Yo admiro sus fotos.

—Bien, bien, muy complacido, muy de verdad. ¿Usted es meridional, no?

—Sí. Ganadero de La Camargue. He venido a pasar unos días aquí, pero desde que he visto las fotos de la señorita Meyran, y la contemplé de cerca, me cuesta regresar a Las Landas, que es mi pueblo.

—Ella es una belleza excepcional. Vuelva usted a las doce y media. Se hará lo posible, señor...

—Sim.

—A las doce y media, señor Sim.

Apenas se hubo marchado Castel, el fotógrafo telefoneó. Contestaron:

—Sí, soy Silvia, pero acabo de despertarme y estoy de mal talante.

—Soy Joel, querida Venus. Acaba de irse un ganadero ricachón de Camargue, que está enamorado. Quiere una foto con vestido romántico. Es un completo provinciano. Paga cien francos. Por cinco minutos, cien francos, no es un mal despertar, ¿eh, preciosa?...

A las doce y media, Simon Castel penetraba en el estudio fotográfico.

—La señorita Meyran no tardará. ¿Quiere que le firme un recibo? Ella es muy distinguida, y le repugna coger el dinero personalmente.

Colocó Castel sobre una mesa cinco billetes de cien que sacó de una cartera repletísima, aunque sólo eran billetes los de encima, y recortes de papel los inferiores.

—En mi comarca no se usa el recibo, señor Franchot. Basta la palabra.

—Excelente costumbre. Iré preparando las baterías. ¿Un fondo oscuro?

—Liso. Nada más que ella, sólo ella, de cintura para arriba. Una foto bien clara. Me gustan así.

—Un gusto refinado, ¡oh, sí señor! Ah... Es ella. Llama siempre dos veces breves, y una larguísima.

Tan larguísima, pensó Castel, que no dejó de sonar el timbre, hasta que no abrió la puerta el propio Franchot.

Hizo ella su aparición. Un óvalo facial perfecto donde se engarzaban dos anchas pupilas de un claro azul. Cabello cobrizo y largo. Una boca de firmes trazos, donde el labio inferior avanzaba

desdeñoso.

El cuerpo moldeaba sus agresivas curvas en un estampado gris y negro. Castel se inclinó como el caníbal ante su fetiche. Ella tendió la mano con gesto de infinito aburrimiento:

—¿Qué tal, señor...?

—Señor Sim, señorita Meyran —presentó el fotógrafo.

—Su rendido admirador, señorita Meyran.

Ella estimó que aquel provinciano era guapo y casi elegante. No debía estar acostumbrado a llevar cuello cerrado, ni americana.

—Encantada, Sim. Puede llamarme Silvia, sin ceremonias. Entre artistas prescindimos de ellas. ¿Dónde me coloco, Joel?

Castel observaba con fijeza las manos de la modelo. Franchot indicaba una esquina, asiéndole las muñecas, le colocó de plano las manos cruzadas sobre el busto.

Retrocedió unos pasos, a la par que juntaba sus yemas sobre los labios y lanzaba un beso:

—Exquisita, divinamente pagana y a la vez mística.

—Parezco un anuncio de píldoras estomacales. Que opine Sim.

Castel contemplaba los dedos largos, redondeados de índices blanquísimos sin la menor arruga, ni araño.

—Usted misma, Silvia, elija.

—Una mano sobre el hombro izquierdo y la otra en el codo, ¿qué tal? —propuso Franchot deseoso de acabar de una vez.

—El busto pierde valor. Tengo una pose especial, de gran éxito.

Ella colocó sus dos manos a cada lado del cuello, como si esponjara su melena, en alto los codos, en escorzo hacia atrás garganta y cabeza.

—Formidable, ideal —aprobó Franchot.

Tenía ella mucha práctica y se limitó el fotógrafo a sacar dos placas.

—A las cinco de la tarde tendrá la foto, señor Sim. Voy a mi laboratorio. Hasta luego —y Franchot pasó al cuarto contiguo.

—Si yo me atreviese a invitarla a lo que tenga por costumbre, Silvia.

—Adelante, Sim. Atrévase. Tiene usted aspecto de marino contrabandista o de jinete bandolero. Podemos ir al «Elit Bar». Me mira usted como si le provocase sed.

—Sed, hambre y demás apetencias.

—Vaya... Parece que va despertando.

Pensó Castel en un despertar en una habitación con el compañero muerto...

—¡Caramba! Tiene de pronto un brillo salvaje en las pupilas, Sim. No debe ser divertido hacerle enfadar. ¿Nos vamos? ¿Tiene el coche abajo?

—El chófer quería ver a un tío suyo y le dejé. Pero si llego a saber que tendría el honor...

—Bueno, da igual. El «Elit» está casi al lado. Siempre que estoy por este barrio, si me pierdo que me busquen en el «Elit». ¿Dónde vio mi primera foto?

—En el «Brantome» de abril.

—Psé... Flojilla. Me sacaron una sombra fea en la cadera izquierda.

Por la calle, los peatones deslizaban una rápida mirada elocuente. También los motorizados. Ella se cogió del brazo de Castel. Murmuró:

—Tremendo... Parece como si llevara el brazo forrado en hierro. Así se siente una protegida.

El bar «Elit» era un local que nunca frecuentaría un Castel o cualquiera de sus relaciones. Rutilante en cromados, cristales y juegos de luces, para Silvia Meyran era el compendio de la distinción.

Se sentó en uno de los semidivanes en forma de herradura. El camarero, aguardó.

—Un Alexandra para mí. Y trae la lista a ver si por fin tenéis langostinos y espárragos con mayonesa. ¿Qué se te antoja, Sim?

—Simple cerveza.

Se alejó el camarero y ella aseguró:

—Se está bien aquí, aunque es pronto. ¡Ésta sí que es buena! Lo veo y no lo creo... Y allí está él. A la una y pico, como si dijéramos plena madrugada, y está él aquí. No te pongas celoso, Sim. No es que él no haya intentado nada conmigo, pero yo no soy ningún capricho para fines de semana. Soy así.

Hablaba sin apartar la vista del que había entrado poco antes. Fornido, de unos treinta y cinco años, pelirrojo, llenaba sin grasas la ancha americana gris a cuadritos.

Una camisa rojo oscuro, sin corbata, pantalón azul claro, zapatos

de ante gris y pese al conjunto tenía aspecto muy varonil.

El rostro era muy afilado, de ojos muy juntos. Le recordó a Castel un jefe de tribu piel roja.

—Es Roger Dekobra —susurró ella.

Instantáneamente sintió Castel antipatía hacia el hombre que la modelo estaba definiendo a su modo.

—Es alguien grande. Si quisiera invernar en el infierno no le quedaría más remedio al diablo que desalojar. Es listo, amable y tiene golpes graciosos. Pese a su fama de caíd. (El hampa francesa designa así a los jefes de banda).

Roger Dekobra saludó a varios concurrentes, ondeando dos dedos. Al llegar frente a la mesa donde Silvia Meyran sorbía su coctel, se detuvo.

—Hola, Silvia. Estás muy a juego con la temperatura —dijo Dekobra.

—Te presento a Sim, ganadero de Camargue. Roger Dekobra.

Dedicando una sonriente cabezada hacia Castel, expuso Dekobra:

—Hombre afortunado. Nunca aceptaste mis invitaciones a compartir mi comida.

—Porque me invitas para cenar a partir de la medianoche y en lugar donde no puedo pedir socorro. Estás hoy muy amable, Roger.

—Será la primavera que me pone siempre tierno. Bueno, guapa, ¿y si te dieras un paseo por los verdes pastos de Le Canet? Coge mi cacharro, y Morand te llevará donde prefieras. No me digas que no, delicia.

Ella se puso en pie rápidamente. Escurriéndose con repentino temor, tras deslizar una inquieta mirada a Castel, que dijo secamente:

—No me agrada su modo de hablarle a Silvia.

Ella estaba ya cerca de la salida. Dekobra hizo un ademán apaciguatorio.

—Excúseme, si he podido parecerle incorrecto, pero esta criatura tiene el seso de una cotorra, y como he de rogarle que me conceda unos minutos de charla, he preferido nos quedemos a solas.

—Puesto así, con tanta educación, no puedo tomarlo a mal.

—Una ley del código personal es que se puede hablar de todo, con buenos modales. Por lo menos, en un principio. Si me lo

permite, pediré mi mixtura.

Sentóse, y sin haberlo llamado, ya estaba el camarero colocando ante él una copa especial, tubular, descorchando dos botellines de aperitivo.

Roger Dekobra replicaba con las pulidas uñas sobre la mesa. Apenas se alejó aprisa el camarero, dijo:

—Me achacan muchas cosas, menos una. Curiosidad indiscreta. Sin embargo, está usted en su ciudad natal, Sim, pero ha engañado a un fotógrafo idiota como Franchot y a una lagarta vulgar y estúpida como Silvia.

—¿En qué los he engañado, si puede saberse?

—Seguramente no les diría que ayer por la mañana, usted salió de visitar a Elsa Bonard. Vestía usted un atuendo excéntrico, y hoy aparece impecable, con ropa nueva. ¿Le resulto impertinente, Simon Castel?

—Por ahora, no. El diminutivo de mi nombre es Sim. Mi familia tiene propiedades en La Camargue. En cuanto a Silvia, prefiero que no sepa que soy un Castel. Me gusta ella. No lo puedo remediar.

—Es apetecible, pero usted es un hombre bien educado. No podría soportar a Silvia, salvo poniéndole un bozal en los entreactos del hastío que sigue al placer sin amor. Ya ve, yo mismo, ¿qué soy? Un tipo que salió de la nada, sin abolengo familiar, y sin embargo, no puedo soportar la charla trivial de esta bonita criatura, más allá de unos segundos.

—Mis gustos, con el tiempo, se han ido vulgarizando.

Los penetrantes ojos negros, separados escasamente por el afilado caballete de la nariz corva, tuvieron un destello burlón.

—Usted nació en familia aristocrática, aunque sus aficiones personales tiendan a la aventura. Pero hay una verdad innegable. Cada uno lleva su sello marcado. Yo puedo muy bien bordear senderos resbaladizos junto a sucios abismos, porque mi padre fue un cazador argelino que murió ahorcado.

—¿En la guerra?

—No, no... Sus perdices favoritas eran las Cajas de Banco. Tuvo su tropiezo final al pretender cazar en Inglaterra. Era un gran hombre, pero de genio duro.

—Ignoro por qué me cuenta su biografía familiar.

—Todo lo sabrá a su tiempo. Sigo con mis antecedentes

hogareños. Yo puedo muy bien recorrer laberintos, porque mi madre era una zíngara marsellesa. Leía el porvenir ajeno en su carreta. La quise mucho. Cuando se despidió para siempre de mí, me legó una saludable máxima, que resumida significaba que mi porvenir sería espinoso, si yo pretendía salir de mi ambiente.

—No atendió usted la predicción.

—¿Eso? —Y Dekobra hizo un amplio ademán desdeñoso, abarcando en su rededor—. Sablista, soplones, tahúres, gigolós, damiselas en arriendo, turistas en busca de sensaciones... Un ambiente vulgar, aunque todos hagan remilgos. Usted asegura que su atracción por Silvia, obedece a buscar un contraste. Es peligroso.

—¿Sí? ¿Y por qué?

Procuraba Castel adoptar un tono banal. El mismo empleado por Dekobra.

—Digamos por lo menos, que es curioso. Porque hace cierto tiempo, también yo sentí con toda su fuerza de atracción lo que es un contraste. Iba conduciendo mi chófer de confianza. Por poco, el estúpido no atropella a una señora acompañada de una señorita. Ella, la señora, toda una dama, me sonrió, aceptando mis sinceras excusas. La señorita, es joven, cruelmente joven, de ojos cruelmente sinceros. Miró muy a lo lejos, por encima de mi cabeza. Créame, fue como si yo, con mi metro ochenta y otros tantos kilos, quedase de pronto convertido en un puñado de estiércol maloliente.

Bebió Dekobra un sorbo de su mixtura. Agregó:

—Tómelo con calma, Castel. La dama era la señora Clarisa Castel y la señorita era Yolanda Castel.

—¿Y el chófer, qué?

—Tuve el placer de romperle dos costillas y enviarlo al dentista. Todos gastos pagados, claro. No me interprete mal, Castel. Sé muy bien que pese a vivir en la Edad Atómica, la señorita Castel es para mí tan inalcanzable, como la estrella para el gusano, aunque yo sea un gusano con mucha luz. Pero desde aquel día, mi vulgar persona al conocer el contraste con la verdadera pureza, padece un leve sufrimiento. Por más esfuerzos que hago, mi mal se empeora.

—En otro hombre, lo que está diciendo resultaría grotesco. No sé por qué, en usted, suena como un homenaje.

—Interprételo así, Castel. Recientemente fue usted importunado por la policía. Por la razón que sea, usted pudo demostrar su

impecable honorabilidad, aunque le encontraron junto a Olivier Bonard, en cuya frente se hincó un plomo.

—Posee usted un servicio informativo de primera.

—Me sirven bien, porque pago en la misma moneda. He sabido que Bonard le tenía gran aprecio, así como la viuda Bonard. Tal vez usted, por haber estado en el propio lugar del suceso, posea datos difíciles de obtener para los que no presenciaron la muerte de Bonard.

—La policía me interrogó, llegado a la conclusión de que resultaba imposible que yo hubiese dado muerte a Bonard.

—También me interrogaron a mí, y llegaron a idéntica conclusión. Mis negocios me proporcionaron frecuentes atenciones de la policía. Yo le digo que todos cometemos errores, y se van sin más. No quisiera que me considerase un entrometido, Castel, pero creo que está cometiendo un gran error.

—Ante usted soy un discípulo.

—Gracias. Soy muy mal pensado. Es triste, pero a ello me obligaron desde chaval. He llegado a imaginar que usted, molesto, y con razón, contra quien o quienes, quisieron cargarle el muerto, y perdone la metáfora, esté buscando una pista. El seso de Silvia brilla por su ingravidez y vacuidad. Si tiene alguna otra sospecha, yo puedo serle útil.

—Es difícil ser descortés con usted, Dekobra. Por ello me limitaré a afirmarle que pise el terreno que pise, siempre me ha gustado andarlo yo solo.

—Respuesta cortés pero teñida de cierta variante en la verdad.

—No exageremos la finura, Dekobra. Me recuerda la maestra que para enseñarnos un refrán popular, nos decía: «Quien con infantes pernocta, alborea excrementado».

—Aprecio su humor agresivo, Castel. Decía que no siempre anduvo solo, ya que en la guerra el enemigo era fuerte. Se vio pues obligado a formar equipo con otros soldados y atender las instrucciones de quienes conocían el terreno, las fuerzas del enemigo, los posibles lugares de procedencia de los ataques, etcétera. Lo llamaban estrategia, pero es ciencia tan antigua como el mundo, y aplicable a la jungla de asfalto del vivir diario. Primero, máxima esencial, conocer al enemigo.

—El enemigo, allá, procuraba que no lo reconociéramos.

—Para eso, allá y aquí, existe el servicio de información, que permite saber a qué atenerse.

—Sí, pero a veces, nos enviaban a ciegas, en descubierta, buscando casi por el tacto, como el ciego. Y al sonar el primer disparo, sabíamos dónde estaba el enemigo.

—Una técnica un poco bestia, ¿no? Sigue por consiguiente buscando usted... hasta oír el primer disparo.

—La penúltima guerra terminó hace ya unos años, Dekobra.

—Pero sigue usted en descubierta, y tengo el presentimiento de que no se conforma a olvidar que abusaron de su profundo sueño.

—Será porque siempre me han repugnado los crímenes cobardes.

—Tal vez Bonard no fuera, como usted cree, un tipo de calidad.

—No me importa lo que fuera, ni lo que pudo ser. Era un excelente amigo y para su esposa, el mejor de los maridos.

Repetidamente había mirado Castel hacia los dos individuos que, poco después de la entrada de Dekobra, habían ocupado «sitios estratégicos». Clásicos hampones elegantes en función de guardaespaldas.

—Si yo disfrutase de su confianza, Castel, me permitiría indicarle que abandonase todo recuerdo de lo que le sucedió a Olivier Bonard.

—¿Consejo, sugerencia o leve amenaza?

—Por favor, me consta de que usted no es de los que se acoquinan. Me limito a rogarle que me descarte por completo a mí en este asunto. Yo tenía relaciones comerciales con Bonard. Su muerte en nada me beneficia.

—A alguien benefició.

—No era yo el único en sostener relaciones comerciales con Bonard. Posiblemente usted desconoce ciertos estratos sociales de una categoría especial.

—¿La jungla de asfalto?

—La jungla violenta y sórdida de los que viven peligrosamente. Y aunque no fueran de esta clase los que mataron a Bonard, es muy cierto el proverbio del maleante que afirma que sentenciado por uno, da lo mismo por cien. Más claro, sólo cabe ser guillotinado una vez, tanto por un asesinato, como por una docena.

Miró de nuevo Castel hacia los dos individuos robustos. Uno

estaba en la barra, y otro junto a la mesita próxima. Comentó:

—No pongo en duda sus profundos conocimientos de la jungla violenta.

—Si alude a mi escolta, no lo interprete como símbolo de que soy un maleante. Considero a De Gaulle un muy honorable ciudadano, y tiene numerosos guardaespaldas. Lo mismo sucede con muchos financieros. Por lo que a mí se refiere, hay colegas envidiosos, hay negocios que fracasan, y la competición es rencorosa y sin entrañas. Créame.

—Casi es usted simpático, Dekobra. Tiene el arte de presentarse como una víctima del destino y la maledicencia. Tarda un poco Silvia.

—Consideraré mejor para ella y para usted, que se ausentara hacia Villefranche. También tiene allí su «Elit».

Castel tardó unos instantes en replicar, porque quería calmarse.

—Me revienta que se metan en mis asuntos, Dekobra.

—Debe pensar lo mismo el que mató a Bonard.

—¿Quiere, con ello, indicarme que me está usted protegiendo?

—Pretendo protegerle con mi triste experiencia que me cierra los accesos a los salones de la alta sociedad legítima. Supongamos que el asesino, por ahora, neutro...

—Aclare, por favor.

—Neutro, porque ignoramos si es hembra o varón. Supongamos, digo, que el asesino neutro piense que usted vio algo, o no estaba tan amodorrado por Baco, como parecía. En fin, le estima un testigo peligroso. Y podría perjudicar a Silvia. ¿Ha jugado usted alguna vez al rarísimo envite que se llama franqueza brutal?

—Puedo enseñarle el juego.

Roger Dekobra golpeó el extremo de un cigarrillo, sin filtro y de tabaco negro, sobre su uña pulgar, manicurada. No miraba a Castel. A instantes su mirada era huidiza.

—No quiero jactarme de adivino, pero los problemas me encantan. El suyo, por ejemplo, tiene datos lógicamente fáciles de penetrar. Usted, por el medio que sea, ha sabido que Bonard estaba sensualmente esclavizado por Silvia. Piensa que presentándose como un incauto ganadero rico, podrá sondear el abismo de insondable estupidez rodeado de preciosa carne que es Silvia.

—Puede ser también que siendo varón me despepiten las

hembras bonitas, necias y sabias en erotismo.

—Para ello le hubiera bastado atacar de frente, sin tapujos, como me temo es su estilo. Dejemos a Silvia. Usted ha sabido que Bonard tenía negocios conmigo. Tengo fama de poco escrupuloso. Usted se formula una pregunta: ¿qué negocios tenían Bonard y Dekobra? Y por último, desea saber cuáles son los gatilleros de mi nómina que hubieran podido eliminar a Bonard, ¿no es así?

—Todas esas preguntas hágalas al inspector Lefranc que es el encargado de poner en claro el asesinato de Bonard.

—Bien, le deseo buena suerte, Castel. Le libro de mi pestilente presencia.

Se puso en pie Dekobra. Y Castel afirmó:

—Por ahora, y no siendo yo un individuo con prejuicios ni convencionalismos, no es usted ningún ser pestilente, Dekobra. Salvo... que estuviese complicado en la muerte de Bonard.

—Gracias.

Roger Dekobra se encaminó hacia la salida, ondeando dos dedos en devolución de servirles saludos. Llegó primero a la puerta uno de sus escoltas.

El otro, tres pasos atrás, pisaba con ágil aplomo.

Minutos después, levantóse Castel. El camarero acudió denegando la oferta del billete.

—Dekobra se molestaría conmigo, si aceptase su pago, señor.

—No quiero, entonces, exponerle a las iras de Júpiter.

Salió a la calle, intrigado. Las reticencias, el alambicado estilo verbal de Dekobra, ¿eran simplemente un consejo, o más bien encubrían una velada amenaza?

Recordó: «En Villefranche, tiene ella también su Elit». Y decidió que debía volver a ver a Silvia Meyran. Tenía el convencimiento de que ella era el inicio de la pista por la «jungla sórdida y violenta».

CAPÍTULO V

En la barra del tercer bar de Villefranche de lujo llamativo y concurrencia equívoca, dio fruto el recorrido de Simon Castel.

Antes de verla, la adivinó por las miradas masculinas. Silvia Meyran en honor a la hora, llevaba un vestido de coctel.

El corpiño era un prodigio de aparente decencia, cerrado hasta el cuello. Pero era de negro raso sutil, que concedía cabrilleos al ondulante andar de la que, desdeñosa la carnosa boca, avanzaba hacia una mesita.

Castel no fue visto por ella, porque la trayectoria quedaba tapada por el camarero que estaba tomando nota del abundante pedido.

Se retiró el camarero, y sentándose saludó Castel:

—Hasta el fin del mundo galoparía tras tu tentación, Silvia.

Ella miró en torno con aprensión. Luego, sus ojos rebosaban rencor.

—Ojalá, que, galopando, te rompas el pescuezo, Sim.

—¿Qué culpa tengo de que me atraigas como la miel a la mosca?

—Moscardón, pudiste decirme que Dekobra quería hablarte.

—Y ya hablamos. Estás toda inquieta, Silvia.

—Morand, el que conduce uno de los coches de Dekobra, me dijo que huyera de ti como si fueras la propia peste.

—Soy un ejemplar saludable de la raza...

—Déjate de cuchufletas. Aunque me dijese que ibas a cubrirme de billetes verdes, te mandaré al cuerno... Bueno, te enviaré muy lejos de mi lado, Sim.

—No te quiero ningún mal, muchacha.

—Tú tal vez no. Pero si lo que andas buscando es preguntarme cosas sobre Dekobra, te resultará más barato preguntarle a un poste. Y además, lárgate porque estoy esperando a un amigo que tiene

muy malas pulgas.

—Que se rasque. No hay mal en que mientras le esperas, charlemos un poco. El propio Dekobra me indicó que estarías aquí.

Aumentó el nerviosismo de ella. Por un instante, estuvo tentado Castel de dejarla tranquila, yéndose. Pero recordó a Elsa.

La esposa sencilla y buena, la mujer apacible que todo lo perdonaba, menos la insana pasión que Silvia había suscitado en Bonard.

—No me verás más, si me contestas tan sólo a una pregunta. ¿Conocías a Olivier Bonard?

—Pregunta que ya le contesté con todos los detalles a un polizonte llamado Just Lefranc. Un chico guapote, como tú. Bueno, pues sí, en efecto, conocía a Olivier. No le pregunté si era viudo, casado o cartujo. Yo soy muy libre de trabar relaciones con quien me dé la gana.

—¿Y conmigo, por qué no?

—Ey, es muy distinto, guapo. Tú estabas con Olivier cuando le mataron. Me lo ha dicho Morand, y si estás libre, es porque no lo apiolaste. Parece que fuiste paracutista por África, y te gustó la guerra tanto, que sigues queriendo guerra. Pero conmigo ni hablar.

—Dekobra estuvo de un amable subido. Me aconsejó y me aseguró que ni tú ni él teníais interés en que falleciese Olivier. ¿Por qué, entonces temerme?

—Vete antes de que venga Gontran. Es muy celoso, debido a que en Villefranche me favorece con su acaparamiento. Pretende la exclusiva. Por suerte, me citó a las ocho. He venido antes, porque me gusta estar sola. Sola completamente, entre muchos hombres.

El camarero depositó una copa donde diversos helados y frutas formaban un arco iris. Colocó después una copita con líquido blanco.

—Llévame al invernadero, Fred, que allá voy.

El camarero recogió de nuevo las dos copas, mirando con aire reprobador a Castel. Poniéndose en pie, agregó ella:

—Prefiero abandonar tu compañía, Sim.

Se alejó sinuosa, enfocada por las exploradoras miradas masculinas y apuñalada por las femeninas. Castel la siguió a cinco pasos.

Atravesado el local, al fondo había una terraza posterior, dando

a un jardín, y al extremo, una galería encristalada, donde en glorietas floridas, efectuaban sus entrevistas los amantes de la soledad en compañía grata.

El camarero dejó el coctel y el helado de frutas en una de las glorietas, donde penetró Silvia Meyran, sin haber mirado una sola vez hacia atrás.

Caminaba como una reina exótica recibiendo el debido homenaje de sus vasallos.

El camarero interceptó el paso a Castel, gruñendo:

—Ella espera a su hombre.

—A lo mejor soy yo. ¿Usted qué opina?

La visión del billete hizo que el camarero al cogerlo, afirmase:

—Yo nunca opino. El cliente tiene siempre la razón.

En la glorieta, cuyos tabiques eran enrejados de listones entrecruzados con guirnaldas de flores artificiales, suspiró Silvia Meyran:

—Ya que estás aquí, siéntate, lapa. ¿Cómo prefieres los puntos de sutura? Porque apenas se presente Gontran, yo le diré que eres un pegojoso impertinente.

—Voy a ofrecerte una apuesta sencilla, Silvia. Cien contra uno a que tienes una idea aproximada de quién pudo sacar beneficio de la muerte de Bonard.

—A esto ya le contesté al policía Lefranc, que si lo supiera, hablaría porque para mí, Olivier era un espléndido gallo de oro. Bueno, chico, tú te lo buscaste.

En el umbral del arco de entrada que apenas daba paso a una persona, un individuo macizo, de anchas facciones brutales, miró con dureza al que se sentaba de perfil.

—Hola, Gontran. Te presento a un conocido de Marsella, que me encontró por casualidad, y le dije yo que hasta las ocho, no había ningún mal en que charlásemos.

—¿Qué tal, usted? —saludó Gontran, con tono áspero, sin moverse del umbral—. Son ya las ocho.

—Menos diez minutos, ¿no? —rectificó Castel.

Apurando el coctel, Silvia quitó de la mesa la copa de helado. Comentó con indiferencia.

—Si os vais a poner tontos, salid al jardín. Hay sitio sobrado. No seas mal pensado, Gontran, y si este chico es de buen ver, no es mi

culpa. Me estaba él diciendo...

—Me lo dirá él mejor. Usted es forastero, supongo. Pero sabrá comprender cuando está sobrando.

—Si quiere indicarme que me vaya, hágalo sin ponerse rudo, ¿quiere? Prefiero no sentirme empujado, sino invitado, ¿comprende?

Silvia Meyran hundió la cucharilla, conservando la copa en el aire. No le disgustaba que pelearan por ella. Y ahora lo deseaba, porque quería escapar, y esperaba la ocasión propicia.

Estimó que era conveniente atizar el fuego.

—Total, Gontran, no debes ponerte así, cariño mío. No me has dado el anillo de novia, que yo sepa. Y Sim tal vez sí que piense en hacerlo.

Gontran quería que en Villefranche se le considerase el dueño exclusivo de la belleza oficial. Se hizo afable.

—Buenas noches, amigo Sim.

Castel se levantó. Y Gontran, que había abandonado el umbral, asestó un rápido directo repleto de contundente veneno.

Castel levantó también el brazo izquierdo, desviando. La izquierda de Gontran siguió en veloz gancho experto. Castel la desvió con el otro antebrazo.

Resopló Gontran extrañado, retrocediendo. Dijo Castel:

—Me conozco de memoria a los de tu manía, que adoran presumir de recios ante las mujeres. No hay motivo para que peleemos. Apártate.

Silvia Meyran parecía una gata golosa que supiera comer con cucharilla. Rió:

—Estáis la mar de graciosos. No sé por qué han de ponerse así, chicos. Cuidado, Gontran, porque Sim me parece que tiene dinamita.

Gontran, técnico golpeador, y deseoso de demostrarlo, sintióse más exasperado por la tranquila postura del que manifestó:

—Me voy, pero no repitas el intento, Gontran. Hasta otra, Silvia.

Con ímpetu colérico, Gontran saltó hacia delante, doblando las rodillas y adelantando las manos. Para voltear a su adversario y aplicarle, en el suelo, un doble golpe definitivo.

En otras ocasiones semejantes, Silvia le había luego demostrado que era muy sensible a la atracción del hombre fuerte y triunfador.

Sus manos lograron tocar el cuello de Castel, y sus rodillas rozaron también su estómago. Pero lo que no logró fue voltear.

Castel le había pasado las dos manos bajo las axilas, y pareció como si quisiera arrancarse de encima un peso, liviano, pero molesto.

Gontran salió disparado hacia atrás, chocando de espaldas contra un tabique, que cedió crujiendo, formándole un marco. Se debatió furioso, y extirpándose, se abalanzó de nuevo, manoteando a zarpazos.

Castel esquivó la primera acometida, y golpeó de lado con el canto de la mano, sobre la carótida.

Asestó un codazo en el flanco opuesto, y remató con un simple empujón de la mano abierta en la cara.

Esta vez, Gontran quedó empotrado entre los rotos listones, pero lacio y sin sentido.

Corrió Castel hacia fuera, porque Silvia Meyran había abandonado a toda prisa la maltrecha glorieta. Apartó a dos camareros, corriendo en largas zancadas hacia la salida posterior.

Allí había visto el negro fulgor del satén femenino. La calle a la que salió era estrecha. Tuvo tiempo de ver cómo Silvia penetraba corriendo por un callejón lateral.

Oyó su rápido taconear que le orientaba. Algunos transeúntes se detuvieron.

El callejón en descenso, terminaba en la tapia que flanqueaba los ramales del ferrocarril del norte. Penetró en la amplia avenida comercial de almacenes y transportes.

No había rastro de Silvia ni se oía el taconeo. Adivinó que ella se había quitado los zapatos.

A unos veinte metros, la tapia tenía una abertura con dos postes de hierro y una cadena en arco colgante. Corrió allá saltando la cadena.

A lo lejos, vislumbró el negro raso y brillante del vestido, escurriéndose por entre vagones parados.

Desistió de su persecución, porque ella había logrado ventaja suficiente, y estaba ya en los andenes donde una oleada de viajeros iba acomodándose por los diversos trenes.

Caminando a paso normal, ascendió al andén tercero. Tenía el convencimiento de que ella iba a abandonar Villefranche. Su tercera

residencia era Lyon.

Orientándose, preguntó a un empleado en el andén cuarto:

—¿Tren para Lyon?

—Vía sexta. Salida ocho y cuarenta. Pulman.

Prefirió ir a la cantina. Pero a las ocho y treinta y nueve en punto, provisto de billete para el coche-cama, hasta Lyon, subió al estribo. Arrancó el pulman. Acudía un mozo uniformado.

Mostró Castel su billete, superpuesto a uno de cincuenta francos.

—¿A qué hora llegamos a Lyon?

—A las siete y treinta. Muchas gracias, señor.

—Me gustaría saber si viaja en este compartimento una joven de cabello cobrizo, vestido negro brillante...

—No siga, señor. Esta señorita es muy visible. Puedo averiguar, si lo desea, en qué litera se acomodó.

—No hace falta. Me basta saber que llegaremos ella y yo a Lyon.

En su litera, Castel reflexionó en lo acertado que estuvo Dekobra al suponerse las preguntas que pensaba hacerle a Silvia.

¿Qué negocios tenía Dekobra con Bonard? ¿Qué hombres de acción, gatilleros, estaban a sueldo de Dekobra?

Prefería ahora dejar dormir a Silvia. Caso de interrogarle, ella podría esfumarse en alguna estación del trayecto. Se hizo traer la cena, para evitar ser visto por ella.

Durmió menos a gusto que en los vagones de piensos. A las siete y cuarto de la mañana vino el empleado, para informarle:

—La señorita por la cual se interesó, bajó en Rodel.

—¿Rodel?

—Es el primer distrito extrarradio de Lyon. Hacemos una breve parada.

Apenas bajó del tren, compró Castel varias revistas de arte fotográfico hojeándolas en el taxi que le llevaba al barrio lionés de Rodel.

En el 16 de la Avenida Saumur, tenía su estudio en el segundo piso, el fotógrafo de arte Paul Grivors. Lo comprobó Castel tras examinar las revistas no aptas para menores de edad, y el listín.

Abrió una mujer con aspecto de severa institutriz.

—El señor Grivors está ausente. No regresará hasta muy tarde.

—Volveré.

—A las nueve, hora de su regreso, no le atenderá el señor

Grivors.

—Salvo si le dice que preciso diez fotos de mi casa, y varios grupos familiares, y quiero antes de tomar el tren de esta noche hacía mi hogar en Valence, ponerme de acuerdo con él.

—Bien, entonces, a las nueve sin falta, será usted atendido.

En la calle pensó Castel, que no estando Silvia en el listín, era imposible averiguar dónde vivía. A media mañana hizo un intento.

Telefoneó desde un café.

—Estudio de arte Grivors. Hable.

—Desearía me proporcionase al precio que sea, la dirección de una modelo.

—Solamente el señor Grivors dispone de dichas direcciones.

Cortaron la comunicación.

Para abreviar la impaciencia de la espera, embarcó en un yate que recorría las riberas de la ciudad y parajes exteriores. A las siete y media, el yate desembarcó sus turistas de corto vuelo.

Cenó Castel en el mismo embarcadero. A las nueve en punto, llamaba en el segundo piso del 16 de la Avenida Saumur.

Abrió la misma mujer, pero con una variante en su aspecto. Un abrigo ligero y un sombrero. Dijo:

—Le espera el señor Grivors. Buenas noches.

Cerró ella misma desde fuera. Otra puerta se abrió y en el amplio vestíbulo, entró un hombre flaco, de revuelta cabellera. Se presentó:

—Paul Grivors.

Había algo raro en su postura, que de momento no pudo definir Castel. Vestía sin estridencias, pero desaliñado.

—Supongo que su secretaria le informaría.

—Por esto he permanecido esperándole, señor Sim.

El rostro del fotógrafo era lunar, pálido y de ojos saltones.

—No recuerdo haberle dado mi nombre a su secretaria, Grivors.

—Usted, no. Pero me ha telefonado Silvia. Parece ser que usted la acosa. Me hizo su descripción. Ya le sonsacó a Franchot la dirección, ¿no?

De pronto, supo Castel dónde radicaba la rareza de la postura de Grivors. Tenía la mano derecha introducida en el interior de la americana. Reposándola, invisible, en la bolsa formada por las solapas.

—No me haga perder el tiempo, Sim. Aguardé por si era usted un posible cliente de verdad.

Castel percibió cierta sequedad en su propia garganta. Señaló el torso del fotógrafo.

—No hay para tanto.

Se miró Grivors el cruce de solapas.

—¿Qué quiere decir?

—Podré perseguir a Silvia, pero no soy tan fogoso como para que me reciba usted pistola en sobaco.

—Es simplemente una herida en la mano. Lamento no poder informarle, pero me lo ha prohibido terminantemente Silvia.

Brillantes los ojos, insinuó Castel:

—Soy algo caprichoso, ¿sabe? Me gustaría ver su mano derecha.

—Y a mí me gustaría que se marchase. Tengo en mi laboratorio un trabajo pendiente.

—Escuche, Grivors... No quisiera violentarle, pero considere que tengo el urgente e inaplazable capricho de verle las manos.

—Usted no debe estar en sus cabales. Hágame el favor de salir. De lo contrario, llamaré al piso inferior.

—Bien, no quiero escándalos. Reconozco que era un capricho tonto.

Se encaminaban los dos a la puerta. Súbitamente, el fotógrafo supo prácticamente lo que era la presa de reducción al silencio, en su primer tiempo.

Un ejercicio elemental en los campos de instrucción paracaidistas.

La mano derecha asía la muñeca zurda del adversario, levantándola hacia atrás, mientras la otra mano formaba un prieto dogal bajo los maxilares. Y con voz perentoria, debía advertirse:

—Callando, o salta la clavícula y duele horrores. Paul Grivors gimio quejumbroso. A su espalda, explicó Castel:

—No deseo hacerle daño. Pero si grita, será peor. Y no intente luchar, se lo recomiendo. En esta postura le sería perjudicial. Bastará que saque su diestra y la muestre en alto. Que pueda yo verla bien.

Apartó los dedos de las quijadas, y resollando, el fotógrafo obedeció, con presteza, alzando la diestra. Una mano completamente vendada, dedos y palma, hasta la muñeca, con gasa

amarillenta.

Castel liberó a su prisionero, haciéndole girar. Grivors aseguró:

—Daré cuenta de que usted...

—¡Vamos! Sea amable. Quítese la venda. Ya, Grivors. Ya mismo.

Había algo tan desagradable en el tono del expara, que el fotógrafo se llevó maquinalmente la zurda al nudo de la larga venda amarilla, pero protestando a la vez:

—Un capricho estúpido, y una agresión a domicilio que le costará caro, cuando informe yo a la policía. A los dementes hay que encerrarlos, caramba.

Disimuladamente, iba retrocediendo Grivors, mientras empezaba a desenrollar su vendaje. Castel avanzando, aconsejó:

—Mejor que deje los pies quietos, y mueva las manos.

La venda parecía interminable.

CAPÍTULO VI

Apareció la palma amarillenta, el dorso con ampollas embadurnadas de pomada y por fin, los dedos. Contempló Castel el índice, hinchado y amarillento, pero liso.

—Esta tarde me explotó un tubo de magnesio. Por suerte, tenía pomada con pícrico.

—Cuidado ahora con los gestos, Grivors.

Cogió Castel la muñeca derecha, examinando de cerca la yema del índice. Al igual que la de los demás dedos, y los de la zurda, no tenía el menor rasguño.

El fotógrafo temblaba ligeramente. Castel manifestó:

—Le parecerá también demencial que ahora le pida excusas. Pero dentro de algún tiempo, que deseo lo más breve posible, le podré explicar mi actitud.

—Lo que deseo es que me deje volver a mi trabajo. ¿Para qué quería ver mi mano?

—Otro día podré explicárselo. Hoy, no. Adiós, y sin rencor a ser posible.

Seguía el fotógrafo en guardia, como esperando cualquier otro ataque absurdo. Castel, abriendo la puerta, permaneció quieto.

—Me voy, apenas me diga la dirección de Silvia. Ya que me juzga demencialmente caprichoso, dígame la dirección de Silvia. Y desapareceré al instante. Si no, tendría que...

—¡78, Avenida de los Cerezos!

Salió Castel, cerrando. Corrió Grivors a echar el pestillo. Respirando aliviado, volvió a vendarse cuidadosamente la mano.

Recordaba estremeciéndose, la salvaje expresión de los ojos pardos del demente mientras le mostraba su mano.

Terminando de vendarse, se dispuso a comunicar a la policía que un demente andaba suelto.

Al acercarse al teléfono, con los nervios aún alterados, se

sobresaltó porque el aparato empezó a tintinear.

Calmándose, cogió el teléfono, y oyó antes de que pudiera hablar:

—De tu estudio acaba de salir un tal Sim. No hace falta que te diga quién soy. Dime tú lo que quería Sim.

Respetuosamente, informó Grivors:

—Quería la dirección de Silvia. Y se empeñó en verme la mano que esta tarde me quemé con magnesio. Lo hizo a la fuerza.

—¿Qué buscaba en tu mano?

—Se fijó con detenimiento en la cara interna superior de los dedos, sobre todo los índices.

—No se te ocurra comentarlo con nadie. Con nadie, en absoluto.

Colgaron.

Paul Grivors entró en su laboratorio, muy decidido a no mencionar nunca la visita de aquel que ya no consideraba un demente, puesto que el propio Roger Dekobra en persona se ocupaba de sus pasos.

Los pasos de Castel se encaminaban hacia el número 78 de la Avenida de los Cerezos, tras ser orientado por un paseante. Las casas se aislaban entre sí, por jardines y setos.

Desde la acera opuesta examinó Castel el número 78. No había luces transparentándose. Solamente un farol iluminaba el porche de entrada.

Cruzó la calle, y tanteó la puerta de madera, abriéndola. Bajo el porche, pulsó el timbre, cuyo zumbido oyó repercutir en el interior. Esperó repitiendo la llamada.

Transcurrieron minutos, en los que llamó sin resultado. Estaría ella en algún «Elit». Al volverse, estimó que pasaría inadvertido si en vez de ir hacia la puerta de madera, contorneaba la pequeña fachada.

Lo hizo, y la oscuridad le acogió. Se detuvo, adosado al tronco de un árbol muy decorativo, con sus picudas ramas en pisos decrecientes.

Se decidió. Era necesario que se entrevistase con Silvia aquella misma noche. Encaramándose, al llegar a la sexta rama, a la altura de la terraza del segundo piso, se balanceó.

Saltó limpiamente a la terraza, y aguardó unos instantes, agazapado. La oscuridad y el silencio le eran tan favorables como el

ciprés decorativo.

El cable del pararrayos le sirvió para llegar al pequeño ventanal del saliente que correspondía al desván. Cedió al tercer empujón.

Dentro del desván, tuvo que inclinarse para no chocar de cabeza con las vigas. Quemó varias cerillas hasta que entre herramientas y objetos diversos, encontró un quinqué.

Estaba cargado y con mecha. Lo encendió. Desde el desván, una escalera casi vertical conducía al primer rellano. Hizo pantalla con la mano, al ir bajando.

No era hora para que Silvia estuviera durmiendo. La primera puerta a la derecha, era un cuarto sin muebles. Lo mismo el de la izquierda.

Por lo visto, ella sólo amueblaba lo estrictamente necesario en aquel caserón donde sobraban habitaciones.

La planta alta estaba totalmente desprovista de mobiliario.

Bajó el otro tramo de escaleras, ahora anchas y cómodas. El quinqué iluminó una sala con tresillo, mueble-bar con dos copas y una botella encima, y un estante con televisión y radio.

Dos puertas a cada lado. Cuarto de baño y dormitorio, a la derecha, y comedor-cocina a la izquierda.

Regresó al centro, y sólo entonces, en más detenida inspección, vio sobresalir bajo el diván, dos piernas femeninas, inmóviles, ladeadas en una postura forzada, antinatural.

No era la postura de una mujer que se esconde.

Simon Castel dejó el quinqué sobre la mesa, junto al mueble-bar. Obraba por reflejos instintivos, aturdido mentalmente, completamente incapacitado para aceptar como inexorable certeza lo que veía.

Atrajo hacia sí, con furor contenido, el diván que resbaló por la alfombra, sin ruido, sobre sus ocho rodillos de base.

La luz del quinqué era suficiente, casi excesiva en su halo espectral. Silvia Meyran yacía de lado, como si durmiera teniendo por almohada su doblado brazo izquierdo. El largo cabello le cubría el perfil.

Rígidamente los músculos, Castel fue viendo las rojas chinelas, las medias grises, el remate de ancha franja de la combinación, cuyo encaje sobresalía de la abierta bata roja, sin cinto.

El cinto colgaba en dos lazos anudados tras los cabellos color

cobre.

Inclinándose, apartó los cabellos. Un gesto casi superfluo. El cinto de la bata penetraba en la carne del cuello.

Sus efectos habían desfigurado el hermoso rostro de aquella muchacha vulgar, pero que era un imán vital para el sexo opuesto.

Se irguió Castel, lentamente. Sentía el violento latido de sus sienes.

Una mujer estrangulada resultaba un horrendo espectáculo, sobre todo cuando se la había conocido exuberante de pagano amor a la vida.

Poco a poco, mientras permanecía indeciso, fueron infiltrándose en su mente, insidiosas realidades.

Bonard había sido el amante de Silvia. Y él, Castel, había seguido a Silvia desde Marsella a Villefranche, y desde Villefranche a Lyon.

Había peleado con Gontran. Había exigido a un pobre fotógrafo una dirección. Demasiadas incidencias, que juntas, podían resultarle fatales.

No podía aparecer complicado en aquella muerte, posiblemente pasional ya que el ropaje de Silvia Meyran suscitaba la idea de que esperaba una visita masculina.

Aquella segunda muerte podía resultarle definitivamente acusatoria. Envolviéndose la diestra en un pañuelo, cogió el quinqué. No podía volver a mirar el rostro deformado, tumefacto en diversos colores.

Subió las escaleras, tratando de recordar cuantas cosas había tocado. Pasó el pañuelo por todas las manillas de puertas y de regreso al desván, limpió cuidadosamente el quinqué.

Tenía que ver urgentemente a Just Lefranc, y explicarle el motivo por el cual borró sus huellas. Él sabría comprender su situación. A oscuras, en el desván, recordó el timbre de la puerta.

Muchas huellas mezcladas. No valía la pena correr el riesgo de que le vieran frotando con el pañuelo bajo el porche iluminado.

Empleó poco tiempo en el descenso. La avenida, en aquel trecho, estaba desierta. Asomó la cabeza por encima del seto.

A lo lejos, un coche se perdía en la noche.

Saltó con todos los sentidos a flor de piel. Tenía que regresar inmediatamente a Marsella, y entrevistarse con Just Lefranc.

Caminó apresuradamente. Un coche pasó veloz. Poco después, al doblar otra esquina, saltó con agresividad latente, dominándose al reconocer a un gendarme de ronda nocturna, que le miró comprensivo.

Topar con alguien en la noche oscura, podía resultar molesto para un ciudadano impresionable.

Apresuró el paso, creyendo a cada instante oír el silbato que alertaría a otros gendarmes. Un taxi daba vuelta frente a él. Lo llamó.

Subiendo con precipitación, indicó:

—Lléveme a Marsella. No se preocupe por el kilometraje.

—Es que el trayecto, entre ida y vuelta, me supone...

—Doblo la tarifa habitual. Pronto.

—Esto ya es otra cosa. Vamos allá.

Cerrando los ojos, Simon Castel trataba de poner orden en sus confusos pensamientos. No lo conseguía. Sólo predominaba una evidencia.

Buscando al que pulsó el gatillo, acababa de hallarse junto a una segunda víctima.

¿Existía conexión entre las dos muertes? ¿Era puro azar el que le hizo ser el primero en ver a Silvia Meyran, muerta?

El taxi se detuvo, y el chofer, disponiéndose a bajar, explicó:

—Llenaré el tanque. Tal vez un café nos siente bien.

Asintió Castel, abstraído, bajando. Tardó un instante en darse cuenta de que el lugar estaba totalmente a oscuras, sin vestigio de cantina ni puesto gasolinero.

Un instante que bastó para que a sus espaldas, alguien le aplicase un recio golpe con una matraca, en la base del cráneo.

Aniquiladas sus físicas sensaciones, en su mente durante una fracción de segundo, y antes de desplomarse inerte, fulguró extrañamente un nombre: Just Lefranc.

Just Lefranc intentaba dar a sus palabras un tono fríamente crítico. No era casual su encuentro con Yolande Castel.

—Sabía que a esta hora regresas de tu Guardería Infantil. No quisiera amargarte, Yolande, muy al contrario, pero he preferido anunciarte la gravedad de cierto asunto, relacionado con tu hermano.

«Belleza serena y olímpica», la había definido un cronista social.

Pero ahora, Yolande Castel perdió algo de su altiva serenidad.

—Tú mismo demostraste su inocencia, Just. Sentémonos, ¿quieres?

El banco era propicio a las confidencias en aquel semi arco del Parque Aimable Chanot.

—Hace tres días, una mujer llamada Silvia Meyran fue hallada en una casa de Lyon, estrangulada. Era una mujer de costumbres poco respetables. Olivier Bonard mantuvo relaciones con ella.

Crispó ella la mano en torno al pañuelo que envolvía su cuello.

—Fue hallada por la mujer de faenas que acudía a las ocho de la mañana. Los trámites rutinarios demostraron huellas evidentes del paso de un hombre. Un gendarme casi chocó con este hombre, que parecía trastornado. Lo describió. Y por averiguaciones hecha aquí, en Villefranche, y en Lyon, así como en el pulman del Norte, el hombre que perseguía incesantemente a Silvia, el hombre del cual ella huía aterrorizada, era tu hermano.

—Es horrible lo que insinúas, Just.

—En mi profesión, no puedo insinuar a menos de tener delante a malhechores. Hasta ahora he conseguido evitar que se cite para nada a Simon en la prensa.

—Pero él ya lo habrá explicado todo, demostrando el error.

—Esto es lo grave. Tu hermano huyó, ha desaparecido. Se oculta, y borró huellas tuyas. Todo le acusa. Y si antes de poco tiempo no se presenta, yo no podré ya evitar que mi comisario de publicidad a este crimen. Yo, personalmente, no le juzgo capaz de matar y esconderse, pero todos los indicios le acusan.

—También cuando murió Bonard, le acusaban los indicios.

—Pero él mismo nos avisó, y no rehuyó afrontar las consecuencias. Lo peor es que ahora resurgen sospechas. Se sugiere que por celos de Bonard...

—Mi hermano no es de esta clase de hombres apasionados.

—Sin embargo en Villefranche peleó por culpa de Silvia, con un fotógrafo llamado Gontran. Otro fotógrafo, Grivors, de Lyon, negaba primero, pero al final reconoció que consideró a Simon un demente, porque a la fuerza le arrancó la dirección de Silvia en Lyon.

Abrumada, escuchaba ella tensos los delicados rasgos faciales.

—Simon le arrancó la dirección a Grivors, hacia las nueve de la

noche, y aproximadamente entre nueve y diez murió estrangulada Silvia. Cuando el caso de Bonard se cumplió la rutina de tomarle las huellas a tu hermano. Las mismas huellas aparecen en un asidero metálico del diván, en casa de Silvia. Y estaban limpios todos los asideros de puertas. Es grave... ¿No te ha escrito Simon? No es pregunta oficial, Yolande.

—No me ha escrito —dijo ella trémula.

Acababa de recordar unas extrañas líneas, acompañando una cajita con orquídeas negras.

—Si hay algo que puedas decirme, hazlo, Yolande.

—De todo corazón deseo que pronto se aclare todo y no dudo que Simon sabrá demostrar su inocencia. Ahora, dime, Just... Roger Dekobra es un maleante, ¿verdad?

—En el sentido estricto del calificativo, no del todo. Es más bien un aventurero sin escrúpulos, cuyo campo de acción es el hampa internacional. ¿Por qué te interesa Dekobra?

—Dicen que Bonard tenía negocios con él.

—Todos los asalariados de Dekobra han sido inspeccionados en sus movimientos cuando el caso de Bonard. No parece hallarse nada en contra. Cuidado, Yolande.

—¿Contra qué o contra quién?

—Contra ti misma. No te dejes influenciar por la aureola de falso romanticismo que rodea a Dekobra, presentándolo casi como un pirata moderno de buen corazón y justicia implacable. La realidad es que es un jefe de banda, un *gangster* maligno y listísimo.

—Sus propios enemigos le reconocen cierta calidad.

—No tienes nada de Caperucita, pero recuerda siempre que Dekobra es un maestro en el arte de presentarse como un cordero que se vio obligado a ser lobo. Ya que no oculta su extraño amor platónico hacia ti. Ha dicho que conoció por vez primera el contenido y significado de la palabra amor, cuando te vio.

—Envía flores sin mencionarse, y no puedo negarte que es un hombre que empieza a intrigarme.

El inspector Lefranc se despidió, con cierta desilusión. Nunca hubiera imaginado que la sensata Yolande se comportara como cualquier damisela ávida de sensaciones nuevas.

Y sensible al galanteo lejano y respetuoso de un aventurero, que si se lo proponía, desgraciadamente para cualquier otro enamorado,

resultaba fascinador para la mujer que elegía.

Pensativo, entró Lefranc en el despacho del comisario Duelos, que de inmediato preguntó:

—¿Halló la relación posible entre las muertes de Bonard y la Meyran?

—Sigo buscándolo. Ambos debían saber algo perjudicial para un tercer personaje. Aunque también es evidente que la Meyran gozaba excitadas pasiones. Eso nos da una larga lista de suspirantes a sus no muy ariscos encantos. Van siendo comprobados los posibles sospechosos.

—Persisto en el punto oscuro, Lefranc. Bonard patentó muchos inventos mecánicos y representaba casas suizas, inglesas y francesas de maquinaria de precisión, pero no están justificados sus copiosos ingresos.

—Trabajo en ello, señor.

—En cuanto al asesinato de la Meyran, Castel se ha acusado a sí mismo, huyendo y ocultándose. Sabía él que podía confiar en usted. Sin embargo, sigue escondido, o tal vez haya pasado la frontera suiza.

—Es posible.

—Comprendo su respeto hacia la familia Castel, pero me temo que no podré contener más allá de las cuarenta y ocho horas, la comprensible curiosidad de la prensa. ¿Acaso sigue poniendo en duda la culpabilidad de Castel?

—No acabo de verlo claro, señor.

—Escuche... No me sea intelectual. No trate de adornar un hecho criminal. Porque si Castel, creyendo a la Meyran autora de la muerte de su amigo Bonard, como se ha sugerido, quiso constituirse en vengador privado, esto no aminora en nada su responsabilidad delictiva.

—Es impropio del temple de Castel, huir y esconderse.

—Ya huyó de sus responsabilidades sociales como hijo de Jean-Claude Castel. Y ya se escondió en el anonimato del vagabundeo. Es un carácter anárquico.

—Pero romántico y sin vileza, señor.

—No lo tome a mal, Lefranc, pero si le resulta enojoso proseguir con el caso, un compañero le relevará. Le conozco hace años, Just... Sé que usted sigue soltero, porque quiere a Yolande Castel, sin

atreverse a declararlo.

Irguiéndose, el inspector Lefranc adquirió un aspecto agresivo.

—Calma, calma, muchacho. Por mí, es un secreto. Pero cierta noche, celebramos mi cumpleaños, ¿recuerda? Bebió algo más de la cuenta. Y me hizo el honor de esta confidencia, que sigue siéndolo. Punto y aparte, inspector. Comprendo que le resultará desagradable tener que detener al hermano de Yolande Castel.

—Gracias, señor, pero continuaré en mi tarea, salvo si usted manda otra cosa.

—Como quiera, Lefranc. Tiene de plazo cuarenta y ocho horas.

CAPÍTULO VII

Entre la comarca de Lyon y la zona montañosa de la Alta Saboya, se extienden en torno a la ciudad de Chambéry, vastos bosques de abetos gigantescos.

Como ejércitos disciplinados, ascienden hasta perderse en las cimas nevadas, verdeando el paisaje junto a los numerosos lagos. En muchas laderas hay cabañas en alquiler. Cabañas donde los ciudadanos en sus fines de semana, alternan el goce de la pesca con el de la caza, almacenando oxígeno puro para la siguiente semana en sus ciudades de procedencia.

Más hacia las cumbres abundan las serrerías, y los cursos de agua de los afluentes del Ródano, se tapizan de troncos que, audaces y forzudos estibadores, mantienen unidos en prodigios de equilibrio.

Hay también aisladas chozas de carboneros solitarios, muchos de ellos cazadores furtivos en horas extra. En una de estas chozas, un hombre canoso, de rostro zorruno, llevaba dos jornadas seguidas cuidando de un joven desconocido que yacía en una hamaca muy rudimentaria.

Le renovaba apósitos de hierbas envueltas en tenues pellejos de vejiga animal, ciñéndoselos a la base del cráneo.

Como bebida y alimento, introducía entre los prietos maxilares una caña hueca por la que vertía un pastoso líquido.

Una mezcla de jugo de cerezas, extracto de carne y semilla de girasol pulverizado. Un tónico muy nutrido, pero también soporífero.

Y Simon Castel, seguía inconsciente, desde que tres noches antes, al descender de un taxi, alguien le golpeó en la nuca.

Seguía inconsciente, en los mismos instantes en que su hermana Yolande releía incansablemente una cartulina.

Había llegado a su poder, dentro de un sobre lacrado, y

acompañando una caja de espléndidas orquídeas negras.

Una letra caligrafiada con precisión laboriosa.

«Si mis lamentables conocimientos de los charcos hediondos, donde la policía no puede penetrar, pudieran ser útiles para resolver las dificultades de su hermano, no dude un instante en considerarme su más respetuoso servidor,

Roger D.».

«Todas las tardes, de cinco a siete, intento purificar mi espíritu, en la Crete Bellevue, Rotonda La Pinède».

Un hombre misterioso, con fama de dominar los caracteres más rebeldes de los bajos fondos marseleses, le escribía casi humildemente.

El paisaje era agradable en las afueras de la ciudad, al norte, con rotondas desde las cuales se contemplaba la gran explanada ciudadana con su célebre santuario de la colina de Notre-Dame de la Garde.

A las cinco menos cuarto, con decisión ya bien madurada, Yolande Castel, al volante de su «A.C.», ascendía hacia la Rotonda La Pinède.

Pese a todo el dominio de sus nervios y a su altiva serenidad, sentíase excitada. Fundamentaba su decisión en la esperanza de que Roger Dekobra, pudiera ayudar a disipar todo equívoco sobre Simon Castel.

Pero con sus veintidós años, ahítos de galanes superficiales, materialistas y banalmente cínicos, experimentaba cierto temor femenino ante la próxima entrevista con el pelirrojo, rondando los cuarenta años, a quien apodaban César Nervi. («Nervi» es la expresión marselesa designando a los hampones).

Desde el mirador encristalado del bar instalado en la Rotonda La Pinède, Roger Dekobra vio ascender el *coupé* de dos plazas, blanco y azul.

Descendió a la planta baja. A su ademán, acudió corriendo el dueño.

—Lo dicho. Con los tuyos irás a cerrar el acceso a posibles clientes. Durante dos horas me alquilas tú palomar y empleo el

término no en sentido de arrullos, sino de altura. Cuento con tu silencio.

El dueño y el servicio abandonaron apresuradamente el bar, tomando un sendero que evitaba pasar por la carretera por la que aparecía ya el coche conducido por Yolande Castel.

Acudió Dekobra a abrir la portezuela. Saludó con grave cortesía:

—Buenas tardes, señorita Castel. He considerado preferible alquilar por dos horas este lugar. No quisiera, por nada del mundo, que pudieran verla conmigo.

Bajó ella, ignorando la mano que tendía Dekobra. Replicó con firmeza ya anticipadamente calculada:

—No exagere la nota, Dekobra. Usted frecuenta políticos y financieros honorables. Hasta creo que es apreciado por gente distinguida.

—La precederé hasta la galería alta. El paisaje es espléndido.

Subiendo una escalera en espiral, se llegaba al rellano alto, de bar central y confortables sillones.

—Si desea té, señorita Castel, será para mí un honor preparárselo.

—Preferiría terminar cuanto antes. He venido, y mentiría si lo negase, porque me siento intrigada.

—Ésta es mi fatalidad. Para algunos soy como un fenómeno de feria, para otros un ser extraño, amoral o anormal. ¿Té con limón, señorita Castel?

—Licor de cereza.

Pensó ella que tenía prestancia natural, sin afectación, el hombre que tras el mostrador, eligió un frasco y cogió dos copas. Y que acudía, sonriendo con amable ironía:

—Si aparte de intrigarla, le inspiro deseos de burlarse de mí, hágalo sin contemplaciones.

—No podría, aunque quisiera. Mi hermano corre un grave peligro, y usted en su carta decía...

—Todo a su debido tiempo, señorita. Éste es un momento estelar, un paréntesis en mi existencia, que quiero quede para siempre grabado en mis fibras. Es la primera vez que oigo su voz, que la veo humanizada, lejana para mí, pero próxima... Por favor, no me haga el agravio de atajarme. Míreme bien, y comprenderá que ya no soy un joven presumido, sino un hombre maduro, porque

no tuve infancia ni juventud. Conozco mis limitaciones, mi origen, mi fama, pero, ¿quién conoce, quién sabe que poseo aquí un órgano anatómico que murió hace muchos años?

Se golpeó, sin teatralidad, el lado izquierdo del hercúleo tórax.

Pretendió ella ironizar, porque era la mejor defensa contra el inexplicable embrujo de la grave voz acariciante:

—En este sitio, bajo la axila, tiene usted un órgano metálico persuasivo, según pretende el rumor popular.

—Bah... Rumor de cocinas y folletinistas. No soy un pistolero, sino un hombre de negocios, simplemente. Más o menos sucios, simplemente, como la mayoría de las finanzas modernas. Este licor es delicioso, aunque para mi gusto algo almibarado. Me temo que es como su propia existencia, señorita Castel.

—Suponía que iba a decirme algo semejante, acerca de que he nacido en cuna dorada, que me han rodeado con escudos protectores contra la maldad del mundo, que no conozco nada de la vida real, etc.

—Si le dijese esto, no sería quien soy, sino un fabricante de letrillas para almanaques. Además, todo cuanto mencionó, es cierto, y lo sabe usted. Pero lo que ignora es mucho, puesto que es la verdad sobre mi persona.

—No lo considere un desaire, pero si acepté esta cita, muy contraria a mis costumbres, fue porque aludió usted a mi hermano.

—Su hermano está siempre presente en la menor de mis frases, y luego lo comprenderá. Un día afortunado, y a la vez desgraciado, mi chófer estuvo a punto de dañar a la gran dama que es Clarisa Castel. Hoy en que se confunde el señorío con la riqueza, destaca como un cisne entre las ocas, la señora Castel.

—Gracias en nombre de mi madre.

—No es elogio, sino reconocimiento de la evidencia. He conocido damas de todas condiciones. Ninguna me produjo la sensación de exquisita inteligencia y elegancia espiritual que me causó Clarisa Castel.

—Celebro que se diera cuenta.

—Usted ni siquiera me miró, porque ya me había visto desde lejos, en otras ocasiones. Yo era para usted un individuo descalificado, excluido de su categoría. No es por soberbia herida, ni por capricho ofensivo, por lo que fue alentando en mí una

ambición. Puedo jurar que es la primera ambición noble que he sentido. No es tampoco deseo de ingresar en la selecta sociedad, ni revestir con los años, un ropaje de honorable ciudadano. Me agrada su franca mirada, señorita Castel.

—Hace meses que pienso en su modo extraño de mirarme, desde su coche, esperando mi salida de los lugares que frecuento. Al principio me ofendió, luego creí que era ridículo, y después me halagó, pero... sépalo bien, Roger Dekobra, y sin rodeos. Yo adoro a mis padres, y suponiendo que pudiera sentir por usted un síntoma leve de atracción, antes preferiría...

—No lo diga. Ahora, podemos ya hablar de su hermano. Gracias por no haberse reído de mí, señorita.

—No puedo reírme de un hombre que tiene su valentía al afrontar lo que sea, y sabe ser cortés, en época chabacana. Mi padre me ha educado en el código de hacer frente con sinceridad a las situaciones más delicadas. Tal vez me he sonrojado, porque...

—Porque pese al «yéyé» y a Helena Rubinstein, el rubor sigue siendo privilegio de las mujeres plenamente femeninas. Volvamos a su hermano. A raíz de la muerte de Bonard, me tomé una libertad. Le vi asediando a una muchacha de poco seso. No, no por razones triviales varoniles, sino porque él quería saber quién mató a Bonard. Y pretendía hacer hablar a Silvia Meyran, como si ésta pudiera tener la menor penetración, aparte para lo que no fuera su falso mundo de cine y amoríos.

—Acusan a mi hermano de haber estrangulado a Silvia.

—Tengo buenos conocidos en la policía. Por ello, estoy enterado. Su hermano, tal como imaginé, no me hizo ni maldito el caso. Le insinué que existe un mundillo infrahumano, ignorado por los que viven normalmente. Persistió en seguir a Silvia, a la cual yo mismo envié a Villefranche.

—Tiene usted un amplio campo de influencias, Dekobra.

—Hilos que manejan marionetas necesarias. Voy a serle rudamente sincero. El destino de Simon Castel me tenía completamente sin cuidado. Me tomé la molestia de aconsejarle que dejase a la policía ejercer la labor por la cual cobra. Fue correcto conmigo. Pudo haberme enviado al diablo, porque no es tímido ni apocado. Se fue a Villefranche, hizo huir a la poco esquivia Silvia, la persiguió hasta Lyon, y allá apareció ella estrangulada, habiendo

dejado él huellas de su entrada clandestina en la casa.

—¿Por qué le rehuía ella?

—Porque Silvia solamente respetaba algo, que podríamos llamar espíritu de equipo. Había crecido entre el hampa más o menos turbulenta. Sabía que cuando alguien muere misteriosamente, y se han tenido relaciones con este alguien, es mejor alejarse de los aficionados investigadores.

—Pero mi hermano no pudo matarla...

—La policía podría admitirlo, si él se hubiese presentado.

—Mi hermano es rebelde a la ordenada vida social que mi padre quiso fuera la suya, al regreso de Argelia. Pero si alguna vez matase, por pasión o arrebato, no rehuiría las consecuencias.

—Tanto más, cuando como es el caso, no mató a Silvia Meyran.

Cogió Dekobra su copa y bebió un sorbo. Ella adelantó el busto, dilatados los ojos.

—Si usted... si usted sabe algo, es su deber, es su inexcusable obligación declararlo a la policía.

—El renombre bien merecido de que goza Jean-Claude Castel, se basa en que hace siempre honor a su palabra, en su ambiente. También en nuestro ambiente, existe la honrilla. El ser más despreciable en nuestro mundillo de granujas de todo calibre, es aquel que delata.

—Pero, es un código absurdo, inmoral...

—No opino en su calificación, sino en su vigencia. Creemos con esta idea tan arraigada, que salvo los abyectos confidentes, más odiados que la propia policía, a quienes consideran simples funcionarios que cumplen con su trabajo, ningún bribón que baila en la cuerda floja de la ganancia turbia, delata a los suyos.

—¿Y quiénes son «los suyos»?

—Los de su círculo social. Los que como él, sobreviven como sea en la jungla violenta y sin escrúpulos, donde no valen las recomendaciones ministeriales, ni la coba al superior jerárquico.

—Habla usted como un revolucionario fanático de ideales equivocados.

—Oímos estos estribillos desde niños, y nos llegan a parecer indiscutibles. Pero es ajeno a lo que tratamos, señorita Castel. La filosofía del hampa es un tema que algún día tal vez escribirá algún recluso. Lo cierto es que poseemos sobre la policía una ventaja.

Sabemos con frecuencia quién mató y por qué lo hizo. Pero no es asunto nuestro.

—Entonces... ¿usted consiente que acusen injustamente a Simon, sabiendo que un criminal, el responsable, sigue libre!

—Traté de apartar a su hermano, porque le vi meterse en turbias aguas, sin el adecuado entrenamiento. Y por favor, no he dicho que yo supiera, sino que podría saber.

—Señor Dekobra; creo que nuestra entrevista ha terminado. Hace años que frecuenta nuestra casa el inspector Lefranc. Iré a verle, y le repetiré lo más textualmente posible lo que acaba de decirme. Le diré que usted afirmó categóricamente que Simon no estranguló a la pobre muchacha.

—Y yo no lo negaré. Preferiría ir una temporada a picar piedra antes que acusarla de alterar la verdad, señorita. Pero el inspector Lefranc no ignora que yo empecé a depositar dinero en los Bancos, como dueño de un casino de juego en Villefranche.

—¿Y esto qué tiene que ver?

—Que si bien hoy, soy un jugador moderado, sigo creyendo en las corazonadas. Y le diría al inspector Lefranc, que tengo la corazonada de que un Castel nunca estrangularía a una mujer. Si tuviera que quitarle la respiración, emplearía un estilete cincelado por Benvenuto Cellini, o un veneno perfumado y de venta legal.

—Ahora... me resulta usted odioso. Está jugando conmigo.

—Eso no —y la mirada del aventurero adquirió honda melancolía—. Tengo ya treinta y siete años. En el reformatorio recibí palizas bien merecidas, y no doblé el espinazo. En el puerto, me arrugaron físicamente a puntapiés, pero no me di por vencido. Políticos influyentes, me quisieron aplastar, y perdieron.

Dio Dekobra un repentino puñetazo en la palma de su zurda.

—¡Yo, el presumido valentón, siento de pronto que voy a llorar como un grotesco cursi! ¡Porque en mi camino apareció una niña altiva, educada fríamente, que no puede saber lo que es amar apasionadamente, con locura, con ardor de místico ferviente!

Intentó ella buscar la parte cómica en aquella extraña declaración. No pudo. La voz, ahora ronca, parecía algo que brotaba sin contención.

—Y Roger Dekobra, a solas, se araña el pecho, porque no puede llorar, porque le exaspera ser un Romeo sin Julieta, en pleno año

64. Para Roger Dekobra, que todo lo tiene, se ha presentado el amor con su garra imperiosa. No el amor impulsivo de un adolescente, que los años borran. Y Dekobra se siente ridículo, infinitamente grotesco.

Inconscientemente, denegó ella con la cabeza, en silencio.

—Y Roger Dekobra contiene ahora sus ansias de arrodillarse. Roger Dekobra no sabe rezar, porque no le enseñaron. No puede llorar, porque de niño agotó las lágrimas, y luego se secó el pozo, a medida que iba perdiendo sus escasas ilusiones. Y ahora dígame, Yolande Castel, ¿quién juega con quién? Ya sé que no tiene la culpa, como no la tiene la lejana estrella que para todos reluce. Pero, por Cristo clavado en la Cruz, no vuelva nunca a repetir que yo me burlo de usted, Yolande.

—Es... es extraño, pero me produjo un cierto miedo oírle hablar así.

—Excúseme. Los arrebatos líricos ya no se estilan hoy en día, salvo en escenario y ante micrófono.

—Por un instante, tuvo usted una expresión de fiera, de salvaje...

—Mi mezcla de sangre: africana y zíngara. Pido por ello perdón. Y vuelvo al otro Castel. Tarde o temprano tendrá que explicarse ante la policía. Le será difícil hacerlo con lógica. Lo lamentable es que si sube a la guillotina, los que más sufrirán, como siempre, serán los inocentes. La señora Clarisa, el puritano Jean-Claude y usted.

—Puede usted evitarlo...

—¡No, por favor! No me repita que mi deber es delatar al posible autor. ¿Qué deberes tengo yo hacia la familia Castel? Mi familia es la que endureció mi alma. No me refiero a los que me dieron nacimiento. Mi padre bailó en la horca, con valor, y aunque fuese injusto mi rencor, desde aquel día odio la ley humana. Tenía tan sólo once años, y la imaginación me presentó constantemente la foto impresionante de mi padre colgando por el cuello...

—Cállese, Dekobra... No remueva horribles recuerdos.

—Fue injusto que yo odiase a los ricos, porque mi madre, una zíngara adivinadora del porvenir, me llevase de excursión por bellos jardines y campos. Yo iba con un saco al hombro, y dentro metíamos flores muy delicadas. Hortalizas, frutas y gallinas. A veces

robaba rosas. A ella le gustaba adornarse el cabello.

—No debe atormentarse así.

—Ella murió en su carro ambulante, porque un gracioso borracho la tiró dentro de un barril lleno de agua. Una noche de enero. Yo tenía entonces quince años. Acabé con las bromas del asqueroso ricachón, metiéndole también en un barril. Asomaba sólo la cabeza. Y hacía caras muy raras... Creo que se debían a las dos ratas hambrientas que le di por compañeras.

—Es horrible... ¡Cállese ya! Todo esto no pudo ser posible.

—Claro que no. Es puro folletín melodramático, para hacerla creer a usted, que sufrí mucho. Todo aquello no fue nada, comparado con el constante dolor que me muerde por dentro. ¿Oyó hablar del payaso que ríe para divertir a los demás, y bajo las pinturas, llora? Otro folletín. Y sin embargo, son pedazos de vida real, de mi pobre y puerca existencia.

—Escuche, Dekobra... No debe...

—Escuche, niña, no invoque ningún deber, cuando lo que manda es indomitable. Toda la culpa es mía. Nunca debí mirar a Yolande Castel, porque era una Castel. Ojalá fuera usted María Dupont, hija de un pobre y honrado contable. No me importaría que no me amase. Se casaría conmigo, y llegaría a quererme. Yo, que todo lo material lo he conseguido, ¿no iba a conseguir que compartiera mi amor?

Susurró ella:

—Para evitar que mi hermano... usted que puede evitarlo, ¿lo haría a cambio de qué?

—No hay trueque, Yolande. No hay mercancía en venta. No hay contrabando de géneros. Es simplemente un trato con dos sacrificios. Usted sacrificará su amor propio, presentándome a sus padres, y ateniéndose a las consecuencias. Yo sacrificaré mi código grabado en treinta años de lucha, sacrificaré la ley de mi ambiente, mi trono de los bajos fondos. Puede usted aludir a su sacrificio por Simon Castel, pero entonces Jean-Claude preferirá con lógica sacrificar a un hijo voluble, que a su honesta hija, mancillada por el deshonesto amor de un aventurero amoral.

—No sé si podré hacerme comprender, Dekobra. No le desprecio. Puedo comprender su actitud. Usted me... quiere por esposa, y yo... no le amo. Pero podré intentarlo, y le doy mi palabra

que cumpliré con mi compromiso.

Roger Dekobra tenía la facultad de que sus frases y ademanes, no resultasen teatrales. Levantándose, hizo una profunda reverencia.

Y al enderezarse, rió húmedas las pupilas:

—Mi homenaje, Yola. Nunca doblé el espinazo ante nadie. Doy ahora gracias a mis años de chapotear por el fango, ya que por ellos, puedo ahora tener la esperanza de que algún día corresponderás a mi pasión.

Se puso ella en pie, algo temerosa.

Retrocedió Dekobra dos pasos, y añadió:

—«Ahora, Yola, otro momento difícil. Tendrás que mentir. Tendrás que declarar que nos veíamos en secreto. Y que aceptas casarte conmigo. Es indudable que Jean-Claude Castel descargará sobre nosotros los rayos de su maldición».

—Lo prefiero a que mi padre tenga que llorar un hijo ejecutado injustamente. Mentiré en mi casa. A las siete, te esperamos, Roger. Mentiré. Pero no te miento si te juro que procuraré hacerte olvidar tu triste pasado. Hasta pronto, Roger.

En silencio, se inclinó él, en saludo reverente.

A solas, en sus labios se formó una ambigua sonrisa. Pensaba en la máxima autoridad de los Castel.

A las seis y media, Jean-Claude Castel llegaba al salón malhumorado.

—¿Qué significa esta llamada urgente, Clarisa?

—Yola quiere hablarte, y le lo suplico, no te enfurezcas. Prepárate a recibir una desagradable noticia.

—¿Otra nueva locura de Simon?

Yolande Castel, cruzadas las manos en íntima súplica, recitó:

—A las siete, Roger Dekobra ha sido invitado a presentarse. Viene a pedirte mi mano.

Jean-Claude Castel frunció las poderosas cejas. Fue a sentarse. Y encendió un cigarro, tras escogerlo, al parecer, cuidadosamente.

—Hoy no es el primero de abril, ni el veintiocho de diciembre, hija. Y en tales fechas quedan toleradas las bromas pesadas. Hoy, no.

—Nuestra hija se entrevistaba con el señor Dekobra, y se quieren...

—Vete a tus habitaciones, Yolande. Me las entenderé con este supuesto señor.

—Le quiero, y solicito tu permiso para casarme con él.

—¿Acaso lo solicitaste para verte con él, a escondidas, como una vulgar mujerzuela?

—¡Jean-Claude! De nada sirve emplear palabras malsonantes. Yola dice que ama al señor Dekobra. El senador Delorme y su familia han invitado a cenar, repetidamente, al señor Dekobra. Y piensa que sería más escandaloso oponerse... Sí, esto quiero insinuar. Sería más escandaloso...

—Salid fuera las dos. Volved aquí a las siete. ¡Fuera, he dicho!

A las siete, sin mirar a su esposa e hija, declaró Jean-Claude Castel:

—Tienes mi consentimiento, Yolande. Pueden anunciarse los esponsales y tan pronto os caséis, ¡olvídame! No existo para ti, ni tú para mí... y ¡muertos nazcan tus hijos!

Dirigiéndose a la puerta... añadió:

—Doy por recibida la petición del señor Dekobra. Tengo que efectuar un viaje a Bélgica. Volveré el día que señaléis para la boda. Cuanto antes, mejor, porque quiero regresar a esta casa, cuando quede limpia con tu definitiva ausencia, Yolande Castel.

Al día siguiente, la prensa anunciaba con grandes titulares los esponsales de Roger Dekobra, con Yolande Castel de Segonzac.

CAPÍTULO VIII

El inspector Lefranc abrió el paquete que, sobre su mesa, entre el correo oficial, había traído la saca de correspondencia.

Contenía unas cartas firmadas por Olivier Bonard, unas, otras por Xavier Gontran, y las menos, por Silvia Meyran.

Las leyó con creciente avidez. A las diez de la mañana, descendía del coche ante el umbral de una clínica de Villefranche.

A las diez menos diez, por teléfono, una voz iba produciendo creciente inquietud a Xavier Gontran, fotógrafo de Villefranche. Convaleciente de las lesiones producidas por las astillas de una glorieta.

La voz decía:

—No registraste bien la casa de Silvia, en Lyon. En un cajón secreto han encontrado ciertas cartas. La policía está al llegar, Xavier. Habla tan sólo ante un abogado que te enviaré. No estarás encerrado ni siquiera una quincena. Pero aguanta, con calma, y en silencio.

Colgaron.

Xavier Gontran, demudado, sacó las piernas de la cama. Su primer reflejo instintivo era el de huir. Pero no llegaría lejos, ahora que ya estaba al llegar la policía.

Contando con el apoyo de Dekobra, esperaría.

Vio entrar a un joven de aspecto deportivo. En la puerta, a cada lado, otros dos individuos, menos jóvenes y deportivos, le miraron poco amablemente, mientras el primer llegado, exponía:

—En el registro clínico, consta que su sangre pertenece al grupo linfático «Seg2». La misma hallada en el gatillo que usted presionó contra la frente de Olivier Bonard, abandonando la pistola en la habitación del «Pantagruel» de Fondulac.

—¿Puedo saber quién es usted?

—Inspector Lefranc, de Homicidios. Fue usted listo al crearse la

coartada de ingresar en esta clínica, la noche en que Simon Castel le dio una paliza. A la tarde siguiente, y lo comprobaremos fácilmente, usted abandonó esta clínica. Había pretextado que quería dormir, para que le dejasen tranquilo.

—Es el derecho de un hospitalizado, ¿no?

—Al volante de su «M. G.» llegó a Rodel, y estranguló a Silvia Meyran. Aquí, su puerta seguía cerrada por dentro ya que fingió tomarse una dosis clínica de soporífero con el pretexto de que no había pegado una pestaña en toda la noche anterior.

—Así fue, ¿y qué?

—Tiene arte como fotógrafo, pero también como escalador de muros, y crear la ocasión de matar para que otro cargue con la culpa. Poseo cartas suficientemente claras, que demuestran que usted odiaba a muerte a Bonard, porque éste se apoderó de un invento que usted pretendía que era suyo.

—Paparruchas...

—Como lo serán para usted, los testimonios de que repetidamente, dado su genio violento, amenazó a Silvia con estrangularla. Vamos, vístase, Gontran. Si pudo salir para asesinar, igualmente puede salir para ir a morir legalmente.

—Reclamo un abogado.

—Lo tendrá. Es su derecho.

Mientras, con dificultad que exageraba, iba vistiéndose Gontran, acabó Lefranc de exponer:

—Tanto retratar a Silvia debió inmunizarle. Es usted muy cobardemente astuto, Gontran. Acechó hasta poder matar sin riesgo. Creyó, que, como todo acusaba a Castel, éste cogería la pistola, y saldría huyendo, sin darse cuenta que en su cazadora llevaba la billetera de Bonard, y que le hubiesen detenido apenas diera una carrera fuera del «Pantagruel», delatado por usted mismo, al acecho.

—Como quiera, inspector. Usted se lo dice todo.

—Y muchos otros con su firma. Usted mismo. No sé qué extraño móvil impulsa a los más taimados, a escribir y vanagloriarse ante la mujer que les avasalla. En el laboratorio de Villefranche, usted y Bonard colaboraban en la puesta a punto de un invento electrónico, que patentó sólo y a su nombre, Bonard... En fin, el fiscal acabará con usted.

En la celda de interrogatorios, el técnico analista hizo una prueba suplementaria. La sangre hallada en el gatillo, era la de Xavier Gontran. Su índice derecho mostraba aún el corte medio cicatrizado, que desde un principio recubrió con coloidal sólido, color carne.

—No diré una sola palabra, sin estar asistido por mi abogado.

—Ya vendrá. Ahora, firmará aquí. Es la comprobación de su salida clandestina de la clínica, avalada por la declaración de la camarera de una cantina rutera cercana a Valence. Usted entró solapas alzadas. Pero las mujeres son curiosas. Ella le vio cuando usted, al arrancar, se bajaba las solapas. Se quedó tranquila. No era usted el hombre que ella pensaba, creyéndole el marido de una amiga suya. Veinte agentes fueron enseñando su foto por todos los bares, cantinas y puestos de gasolina, entre Marsella y Lyon. Bien... ¿Firma?

—Con mi abogado aquí, firmaré lo que él me aconseje.

—Es su derecho.

Media hora después, un abogado criminalista muy renombrado, estrechaba la diestra de Gontran.

—Seremos concisos. Usted tendrá la sangre linfática, Gontran, pero es reconocido su temple irascible. Bonard le robó un invento que le produciría muchos miles. No contento con robarle el fruto de sus sudores, Bonard intentaba robarle también la prometida con la que usted iba a casarse. Ella se burló de usted. Un hombre afrentado, pierde la sangre fría. Atenuante esencial. Admita los cargos, como premisa, pero añadiremos que no recuerda bien lo que sucedió, ya que actuó bajo influencia de locura pasajera, producida por ira legítima y justificada. Han entregado al juez determinadas cartas, que si bien le acusan, también le defienden.

Descendió el tono de voz, para casi al oído de su cliente, añadir:

—Serán comprados los policías de escolta que le llevarán a la primera indagatoria judicial. En las escaleras de la Sala Sexta, corra hacia los lavabos. Ellos dispararán, para salvar su responsabilidad. En los lavabos, Morand y Larron, los hombres de toda confianza de Dekobra, tendrán ya la escalera preparada, y un coche abajo.

Alzó de nuevo la voz, sentenciosamente:

—No veo pues el menor inconveniente en admitir ciertas pruebas testificales, de las cuales nos valdremos para demostrar la

innegable defensa legítima ante el estafador de un honrado trabajo, y ante la mujer que le escarnecía a usted. Pediré que mañana mismo le llevan ante el juez de la Sala Sexta, para efectuar una declaración completa.

Al día siguiente, a las once de la mañana, mientras subía las escaleras que conducían a la Sala Sexta, escoltado por dos agentes y esposado, Xavier Gontran echó a correr, desprendiéndose de la mano que le retenía por un codo.

Oyó los disparos, las voces de aviso, pero siguió corriendo. Aquel dolor repentino en su espalda, sería un apósito desplazado por los movimientos.

Un tercer botón de fuego se incrustó en su nuca, cuando ya tocaba la puerta de los lavabos, donde no había escala ni le esperaba nadie.

Los agentes ante el cadáver del frustrado fugitivo, repitieron que se limitaron a cumplir con su obligación. Tras dos disparos al aire le gritaron en vano, al culpable, que se detuviera en su fuga.

Simon Castel, al abrir los ojos, se palpó la cabeza. Le dolía, pero en sus miembros notaba el vigor habitual. Ignoraba que llevaba ya seis días con sus noches tendido en aquella hamaca.

Intentó levantarse, pero sus rodillas entumecidas, se doblaron bajo su peso. Quedó sentado, examinando el interior de la cabaña de troncos.

Y de pronto, todo en aluvión, como el desbordamiento de un río tumultuoso, acudieron inundando su cerebro, los últimos recuerdos.

Silvia Meyran estrangulada. Su huida. El taxi que parecía invitarle a alejarse, la alusión a un café reconfortante, el golpe, y una sucesión de constantes tinieblas.

Tambaleándose se acercó a la puerta. Reconoció el paisaje de gigantescos abetos enmarcando los lagos de Chambéry.

Un hombre canoso, le volvía la espalda, calentando sobre una horquilla de ramas, un jarro de hojalata. Vestía ropa de leñador. Se aproximó. No conocía a aquel hombre, de piel rojiza, curtida.

—Hola, muchacho —saludó el solitario, levantándose—. Pronto podrás tomar un buche caliente de café.

—Yo quisiera saber...

—Todo ocurrió así. Hace seis noches, regresaba a pie de Valence, donde fui a vender liebres. No me gustan las carreteras.

Voy por los atajos. Vi a un individuo, que, agazapado, parecía esperar pieza. Los asuntos ajenos no son los míos. Iba yo a largarme, siguiendo mi camino.

Encendió una corta pipa de brezo, y prosiguió:

—Vi un coche detenerse. Un taxi. Se apearon el chofer y el pasajero. El que esperaba al borde le dio un matrazazo al pasajero. Entre el taxista y el de la porra, limpiaron los bolsillos al pasajero, dejándole allí, malparado. Yo iba a irme, porque los asuntos ajenos no son los míos. Pero tú estabas boca arriba. Me acerqué a verte la jeta, y pensé que te había visto yo antes, en alguna serrería más al sur.

—Hace tres años que las recorro en verano. Me llamo Simon Castel.

—Y yo Teo Leroy. Corté unas ramas y te metí en la arrastradera. Un poco más y no lo cuentas, Simon. Te puse las hierbas y estarás fuerte, porque tomaste la mixtura del abate Mercier, que no falla.

—Oiga... ¿dijo usted que hace seis noches...? ¿Seis... seis jornadas llevo aquí?

—Y horas. Toma un buchito que revive el ánimo. Tendremos un verano fantástico.

—Pero... ¿cómo no se te ocurrió avisar a la policía?

—Hace años me encerraron unos meses, por cazar en abril. Y tendrás los bolsillos vacíos. Esa gente de la policía, marean a los que no tenemos instrucción, y acaban por meterle a uno en chirona. Estás en pie, caminas y respiras. ¿Qué más quieres, ansioso? El mundo es ancho, y es propiedad libre, sin impuestos ni pejueras, del que sabe andar fuera de las carreteras y ciudades.

—Quisiera recompensarte las molestias, Teo.

—Te coloqué cien francos en un bolsillo. Ven por agosto, y si puedes me los devuelves. Pero preferiría que me ayudases por unos días, a ponerles trampas a los corzos. Un hombre sólo, a veces se aburre.

—Yo me quedaría aquí, Teo, pero... te prometo que volveré. Choca, Teo.

Resonaron las abiertas palmas. Equivalía a un trato leal y firme.

—Por agosto te espero, Simon, no más pronto del cinco ni más tarde del veinte. Los gamos tienen sus caprichos, Simon, como cualquier otro animal de los que andan sobre dos patas y son menos

inteligentes.

—¿Puedes decirme cómo era el que me golpeó?

—Alto, media cuarta menos que tú, ancho, pero llevaba las solapas de su abrigo en alto, y un sombrero casi sobre la nariz.

—¿Leíste los números de la matrícula del taxi?

—Los únicos números que leo son los de mi calendario de caza.

—Hasta pronto, Teo. No sabes cuánto te agradezco...

—Camina lejos de las carreteras y llegarás a viejo, apartándote de la furia de rodar aprisa sobre cajones con ruedas, como si corrieses o no, pudieras escapar de zambullirte en el infierno de la nada.

En un kiosko de estación de autocares alpinos, compró Castel los periódicos de la semana transcurrida, editados en Marsella y Lyon.

Los reservaban para leñadores y cazadores que aparecían quincenalmente. Devoró con impaciencia las noticias referentes a Silvia Meyran.

Dos titulares le produjeron inmenso alivio.

XAVIER GONTRAN, fotógrafo de VILLEFRANCHE
CONFIESA
EL ASESINO DE Olivier Bonard y Silvia Meyran declara

«Doble asesinato y doble móvil. Por celos contra el hombre que le robó un invento en que trabajaban juntos.

»El inspector Just Lefranc, de la Brigada de Homicidios, ha resuelto este caso en forma brillante. Con dinámica cerebralidad fue destruyendo las coartadas del hábil criminal...»

Otro titular sorprendió a Castel.

XXAVIER GONTRAN INTENTA FUGARSE

«Xavier Gontran murió esta mañana, acribillado, cuando al ser conducido a declarar, intentó evadirse.

»Los dos agentes que le escoltaban, dieron las voces reglamentarias, pero Gontran siguió en su propósito de fuga, y alcanzaba ya el acceso a los lavabos, cuando

cayó fulminado».

Esperando el autocar que le conduciría a Marsella, iba recorriendo Castel con tranquila ojeada otros titulares.

En el autocar siguió leyendo, a ratos. El paisaje, le parecía maravilloso, aunque fuesen chimeneas de fábrica. Era como revivir, después de las dos abrumadoras sacudidas emotivas.

Faltando escasamente media hora para llegar a Marsella, desdobló Castel un periódico, que no gozaba de su predilección por ser muy prolijo en asuntos de modas, reuniones sociales, chismorreos elegantes...

Crispó las manos, arrugando el papel, donde aparecían dos fotos: la de su hermana y la de Roger Dekobra.

La columna bajo el recuadro con las dos fotografías, decía:

«En los círculos sociales de toda la región, ha causado sorpresa el anuncio formal y ratificado por los propios interesados, de la próxima boda de Yolande Castel, con el célebre y afortunado hombre de negocios, Roger Dekobra».

«En cuarta página, declaraciones de ambos novios».

En cuarta página, otra fotografía mostraba a Yolande y Dekobra, del brazo, saliendo del «Hora Azul».

El reportero escribía:

«Roger Dekobra, muy amable, sonríe al declaramos:

»—Sean buenos chicos, y perdonen, pero tenemos prisa.

»—¿Es cierto, señor Dekobra, que hace ya dos años que mantenían relaciones?

»—Desde que nacimos, aunque tuve que aguardar veinte años a la que por compensación de la Providencia me era destinada.

»—¿Es cierto, señorita Castel, que es su primer amor?

»—Es mi futuro marido, ¿no?

»Creemos percibir en la novia un poco de tensión. Preguntamos:

»—¿Es cierto que el señor Jean-Claude Castel se ha ausentado?

»Nos contesta Dekobra:

»—Es un financiero, reclamado por urgentes compromisos ya convenidos con fecha anterior. Volverá para la boda. Permitan, muchachos, pero tendríamos ya que estar visitando al decorador.

»—Una última pregunta, señor Dekobra. ¿Es cierto que pasarán la luna de miel en Italia?

»—Sí.

»—Entonces, ¿se retira definitivamente de los negocios?

»—Tengo la edad oportuna para no insistir en aumentar mis dividendos. Ya poseo el supremo bien que pocos encuentran.

»Con autoridad adquirida en largos años de jefe de empresas de todas clases, Dekobra conduce a su novia al coche.

»Un espectador, posiblemente embriagado, irresponsable y desconocido, comenta al lado nuestro:

»—A este paso, los capitanes de la Mafia llegarán a ocupar altos puestos en la aristocracia.

»Este comentario, que repudiamos por su injurioso contenido, no fue oído, felizmente, por Roger Dekobra, a quien deseamos, al igual que a su bellísima y realmente distinguida prometida, un porvenir dichoso».

El cobrador del autocar pensó que la raza humana era muy voluble. Un hombre que subió cerca de Chambery, alegre y silbando, verdadera imagen de la tranquila complacencia, bajaba ahora sombrío y con expresión amenazadora.

En el despacho del inspector Lefranc, explicó Castel sus andanzas, hasta que un leñador le recogió tras el atraco.

—Tendrás que declararlo por escrito, y espero que el comisario no tome a mal tu huida, ya que no podías prever que te iban a atracar. Bien, celebro que...

—Al grano, Lefranc. ¿Cómo es posible esta absurda noticia sobre mi hermana y Dekobra?

Lefranc se limitó a alzar los hombros.

—Es imposible. Yola, no es como yo. Ella es sensata.

—Siempre pensé lo mismo, pero, el hecho es real. Yola se ha enamorado.

—Dekobra es un *gangster*, un criminal.

—Se le han achacado muchos asesinatos, pero ninguno se le ha demostrado. Tal vez algún día, pueda demostrársele, aunque lo dudo. Habrá tomado sus medidas para que no ocurra nada que sombree su futuro. Y es indudable que está enamorado de Yola.

—Y... ¿y tú lo permites?

Enrojecidos los pómulos, replicó Lefranc secamente:

—No sé, en nombre de qué ley, puedo yo evitar que dos personas se enamoren. Como policía no tengo cargo alguno sólido contra Dekobra. Y como particular, de nada me serviría decirle a Yola que merecía un marido de mejor calidad.

—Recuerdo que en determinada ocasión, Bonard me contó su sospecha de que tú estabas enamorado de Yola. Tiene gracia, que entonces, replicase yo con ironía barata, que un policía de buena familia, merecía, aunque con leves reparos, la aprobación del cabeza de familia Castel. Lo que me resulta imposible de comprender es, ¿cómo pudo él aceptar a este individuo?

—Nadie mejor indicado para saberlo que tú, si esta noche cenas en la casa que no debiste abandonar a tu regreso de Argelia.

—Leo reproche en tu mirada, inspector Lefranc.

—Será el oficio, que no impide tener la plácida mirada del crédulo monaguillo. Perdóname, pero tengo trabajo, Simon Castel.

Castel, que caminaba contra su costumbre, inclinada la cabeza, la irguió de pronto al encontrarse en la calle.

Durante años, Roger Dekobra había sabido soslayar hábilmente todos los ataques de expertos investigadores.

Por consiguiente, era un maestro en toda clase de intrigas.

CAPÍTULO IX

Clarisa Castel, tras las efusiones, declaró satisfecha:

—Nunca he llorado tan a gusto, Sim. Y bendito sea Teo Leroy que te salvó de morir de frío y desangrado en una carretera apartada... Malos caminos.

—Que ya he abandonado, madre. Haré lo que le prometí a mi creador humano. ¿Por qué me ojeas con aprensión, Yola?

—Debes haberte enterado de mi próximo matrimonio con Roger Dekobra.

—Eres tú la que te casas con él, no yo, hermanita.

—Prefiero que seas sincero siempre conmigo, Sim.

—Bueno... Verás, yo estuve a punto de casarme con una simpática camarera vasca, y Dekobra es mucho más prestigioso. Si la familia consintió, ¿voy a ser tan aguafiestas como para emitir notas discordantes?

—Iré a vigilar a la cocinera que se está esmerando. La cena del retorno del hijo trotamundos.

A solas, Yolande vino a sentarse en el brazo del sillón y aplicó su mejilla contra la de su hermano.

—Seguramente te ha decepcionado que yo... ame a Roger, ¿verdad?

—Un Príncipe Azul me habría parecido poco para ti. Pero si le quieres, es lo esencial.

Cenaron, y Simon Castel se comportó normalmente, casi humorísticamente. A las diez de la noche, dijo que iba a visitar a Elsa Bonard.

Fue al bar donde había conocido a Dekobra.

—Ya no acude a este bar —informó un camarero, con sequedad.

En la cabina telefónica, marcó Castel el número primero de los cinco inscritos a nombre de Dekobra.

—No está. Ni sé dónde está.

—Soy su futuro cuñado.

—Ah, bien... Un momento... Déjeme ver... Llame al EST1416.
Al nuevo número, la grave voz de Roger Dekobra saludó:

—Bienvenido, Simon Castel.

—Deseo felicitarle, Dekobra. ¿Dónde nos vemos?

—Ésta es su casa, si me honra con su visita. Tengo un coñac de vieja cepa, a cuya tibieza, podremos conversar.

Diez minutos después, en el barrio residencial de Montcault, entraba Castel en el salón de la suntuosa mansión de Roger Dekobra, que, en pie, dijo sonriente:

—Me telefoneó Yola, diciéndome que usted tuvo el buen gusto de no tomarse a lo trágico el poco halagador título de futuro cuñado.

—Habló de cierto coñac, Dekobra.

—Están entibiándose las copas. Siéntese, por favor.

—Sin favor. Me fue usted simpático, Dekobra, y con toda simpatía, le mataré.

Pronunció Castel las últimas palabras lenta y calmamente. Se sentó.

En pie, frente a él, Dekobra ladeó el rostro, como si escuchara un eco lejano.

—Creo haber oído una referencia lúgubre y poco coherente.

Dirigióse a un mueble, del que extrajo dos copas panzudas y vaciando el agua tibia. Escanció un coñac del año 1870. Llevando las dos copas a una mesita entre los dos sillones, se sentó.

—La mirada con la cual me distingue, la he contemplado en ojos de tirador infalible, Castel.

—No he venido a disparar, sino a notificarle que en determinada ocasión juré una larga agonía para determinado personaje.

—No quisiera que esta agonía fuese para dos. Pero ya que no es impulsiva y brusca su decisión, permítame indicarle que no es posible detener el curso del destino. Si Yolande me quiere, ¿qué culpa tengo yo del pasado? No me dieron a elegir la cuna.

—Un disco que a mí no me emociona. Pudo usted trabajar como tantos otros valientes que apechugan con sueldos honrados.

—No había nacido para ser un disciplinado trabajador. Ni tuve medios para acudir a la Universidad. Ni siquiera al colegio.

—Voy conociéndole. Habla como una víctima de la sociedad.

¿Acaso no tenían hijos y familiares, los rivales a los que usted arruinó con hábiles trampas?

—Es ley universal, la que selecciona al más apto en la dura lucha por la fortuna. Es usted muy libre de no tenerme el menor aprecio, pero ya que Yolande le quiere a usted, la apenaría a ella, que entre nosotros dos no existiera un mínimo de conllevancia.

—Hace siete días, y cito sus propias palabras, usted era el gusano que suspiraba sin esperanzas por la imposible estrella. Y pasado mañana, «dingdongding», suenan las campanas de boda. ¿Con qué salsa quiere usted hacerme tragar este indigesto potaje, Dekobra?

—Un léxico muy de paracaidista belicoso, Castel.

—Apto para personas muy mayores, Dekobra. Le admito la atenuante de que usted, hombre sin amores limpios, anheló la rectitud que respira toda mi familia... menos yo.

—No se subestime.

—Me acusaron de la muerte de Bonard, y no fui yo. Me acusaron de la muerte de Silvia, y no fui yo. Ahora bien, ¿cree usted que Yolande seguiría amándole, si usted me matase?

—Por favor, pruebe mi coñac. Le entonará la cuerda jovial, porque es indiscutible que ha elegido usted temas algo macabros.

—Le doy otro tema en que meditar. Pasado mañana, usted no se casará, porque de aquí a entonces, uno de los dos, habrá perdido lo que más quiere. Yo, mi libertad. Usted, a Yola.

—Lamento comprobar que vislumbro una amenaza. Y nunca las consentí.

—Pues ya era hora de que alguien empezara. Pero no quiero parecerle un bravucón de buena familia, horrorizado ante la idea de que una Castel se case con un ser de otro planeta.

—Entonces, ¿cuál es su posición?

—Yo hubiese aceptado a un barrendero por cuñado. Con un buen baño, queda limpio. Usted ni con toda el agua del Atlántico... Pero no voy a pedirle cuentas de su agitado pasado, sino de siete días.

—¿Siete días?

—Depende del momento en que tuvo usted la inspiradísima idea de encontrar un medio infalible para poder solicitar con triunfo anticipado, la blanca mano de mi hermanita.

—Me temo que patina usted por la grotesca pendiente del folletín.

—Del que sabe usted aprovecharse, para inspirar cariño en un alma sensible. Vayamos al grano. Han cerrado el expediente Bonard-Silvia. Y el presunto asesino, Gontran, murió por cierto tontamente. Era un hábil criminal, y de pronto se pone a correr, dando la espalda, y recorriendo veinte metros enfocado por dos pistolas legales.

—La desesperación del candidato a la guillotina al verse perdido, no le permite calcular las posibilidades en contra.

—Tenía un abogado excelente. Escuche, según la fría lógica, el que pulsa el gatillo, es el criminal. Pero el peor criminal, escapa a la justicia, y es el que induce al gatillero.

—Le sobaban motivos personales a Gontran para querer vengarse.

—¿Exactamente en el momento en que yo dormía borracho junto a Bonard? ¿Precisamente mientras yo estaba sonsacándole la dirección de Silvia a Grivors? ¿Con oportunos atracadores y un no menos oportuno solitario que me tuvo en el Limbo para que yo apareciera como fugitivo escondido? Y durante estas tres coincidencias, mi hermana se enamora fulminantemente, hay campanitas de esponsales y tocan a boda.

Roger Dekobra paladeó el coñac con fruición. Castel, tras beber, comentó:

—Voy a visitar a Elsa Bonard. No tiene un coñac tan excelente, pero conserva ciertas cartas de su difunto marido. A mí me las dará.

—No puedo ofenderme por sus cábalas, ya que en su lugar, también recelaría. Pero Bonard nunca escribió cartas a su esposa. Me consta.

—Puede. Pero quiero que sienta usted lo mismo que yo sentí, estos días de correrías angustiosas. Que se le pegue la camisa al cuerpo. Voy a sondear al honorable abogado Gredin, el único que habló con Gontran, salvo la policía. Sondearé también al fotógrafo Grivors, y a los rufianes llamados Morand y Larron. No tengo pruebas. Solamente el absoluto convencimiento de que usted ha empleado una cochina trampa conmigo. Y en las cuarenta y ocho horas que nos quedan, a uno de nosotros dos, la camisa se le pegará al cuerpo en sudores de agonía.

—Sus sondeos le conducirán a un final lógico, Castel. Le encerrarán en sitio donde no comprometa la salud pública. Buenas noches. He tolerado hasta mi límite máximo.

—Gracias por su tolerancia. Tal vez le convendría llamar ahora a sus dos escoltas, porque de aquí, voy directo a visitar a un buen amigo. El inspector Lefranc.

—Goza de mis simpatías. Es un funcionario honesto y sensato.

En el porche aguardaba uno de los escoltas, Larron, que hoscamente, señaló un «Ford Comet» S. 22:

—El patrón me ha ordenado que ponga este cacharro a su disposición.

—Tanta amabilidad me derrite. Así llegaré antes a comisaría. Devolveré el cacharro poco antes de la boda que no tendrá efecto. Buenas noches.

El coche se deslizaba como una canoa rápida sobre un lago tranquilo. En comisaría, obtuvo Castel la dirección particular de Lefranc, al que encontró en batín.

—¿Resuelves los casos como Sherlock Holmes, fumando en pipa y al calor de la lumbre?

—A solas, los árboles no impiden ver el bosque. Supongo que vienes a explicarme cómo se desarrolló tu entrevista con Dekobra.

—¿Estoy vigilado?

—Tú, no. Ellos sí, particularmente por mi cuenta. Oficialmente, podrían pensar que se debe a despecho por... Bien, ya sabes... Me iré de Marsella, si pasado mañana Yolande se convierte en la esposa de Dekobra.

—Marsella te verá con nietos, y deseo que sean Lefranc-Castel. Fui para decirle a Dekobra...

—Que carecías totalmente de pruebas, pero que tenías el convencimiento aplastante de que él supo con mucho cerebro envolverte en sus tentáculos de pulpo del hampa.

Simuló Castel registrarse bajo la americana. Sonrió sin alegría:

—Creí que me habías colocado disimuladamente una grabadora.

—Comprendí que llegarías a mis mismas conclusiones, que oficialmente nos rebatirían, porque eres un Castel hostil a Dekobra, y yo soy un iluso policía que soñó con inspirarle afecto a Yola. Pero a solas, tú y yo, tratemos de analizar fríamente.

—Doy por posible que Gontran matase a Bonard, estando yo

borracho, para tener su coartada. Pero que yo llegase a los pocos instantes de ser estrangulada Silvia, permite la siguiente teoría: Dekobra manda a uno de sus hombres a que me siga paso a paso, y avisa a Gontran, para que liquide a Silvia. Pudo decirle a Gontran que ella pensaba acusarle del asesinato de Bonard.

—Magníficas hipótesis, valederas en tertulia amistosa, pero no ante un jurado. Los que te atracan, así como el que te recoge, favorecen a Dekobra. Y éste, enamorado sinceramente, coloca a Yola ante la alternativa de tu captura, con una defensa muy difícil para ti, o que aparezca el verdadero asesino, gracias a su ayuda. Gontran podía revelar quién le impulsó a matar, a las horas «X» «Y». Tenía un buen defensor. ¿Por qué huyó?

—Porque Dekobra le hizo prometer que con su ayuda, escaparía, y que los dos escoltas estarían sobornados.

—Hipótesis, siempre hipótesis. ¿Pruebas?

—Yola puede declarar.

—¿Que Dekobra la sometió a un chantaje sentimental? Si así es, ella empeñó su palabra de honor, y no la quebrantará.

—Yo dispongo de dos noches y un día, para a mi modo, sin trabas legales intentar que canten el abogado Gredin, el fotógrafo Grivors, y los dos matones de confianza de Dekobra, Morand y Larron. Y el que me salvó, Teo Leroy, era descendiente de zíngaros. Ninguna ley puede impedirme que charle con ellos.

—Ninguna, salvo los métodos que emplees.

—Los más convincentes, sin que dejen huellas. Sea como sea, pasado mañana, si repican campanas serán a funeral. Declaración muy privada, inspector Lefranc.

—Estoy en zapatillas y en mi casa. Pero confío en que esta noche será buena consejera.

A la mañana siguiente, en primera plana de los periódicos marseleses, grandes titulares tenían estallido de noticia sensacional:

«UN ATENTADO SALVAJE» «TRÁGICA DESPEDIDA DE SOLTERO»

»A la una de la madrugada, en el “Bellevue” de Le Canet, celebraba Roger Dekobra su cena de despedida de soltero en compañía de íntimas amistades que relacionamos: el abogado Pierre Gredin, dos fotógrafos

de arte, los señores Grivors y Franchot, y dos socios de Dekobra, los señores Morand y Larron. Asistía también un pariente de Dekobra, un original solitario montañero llamado Teo Leroy.

»Abandonaron todos el “Bellevue” a las cuatro de la madrugada, y subieron al coche de Dekobra. Los soñolientos camareros oyeron el ruido del motor en marcha y el estruendo de una enorme explosión.

»Entre los restos del coche, la investigación técnica ha descubierto la existencia de un contacto con la ignición, y varios cartuchos de dinamita, distribuidos por el interior del vehículo.

»Todos sus ocupantes perecieron destrozados.

»Roger Dekobra se salvó milagrosamente, debido a que cuando ya se dirigía hacia su coche, le llamó el dueño del “Bellevue” para entregarle su reloj pulsera que se había dejado sobre el mostrador.

»La explosión de amplia onda expansiva, hirió en la cara y brazo izquierdo a Dekobra, pero sin gravedad.

»La policía está realizando activas pesquisas, para encontrar al autor de este bárbaro atentado».

CAPÍTULO X

Con el brazo izquierdo en cabestrillo, y parcheado de esparadrapo el rostro, Roger Dekobra soportó un largo interrogatorio ante un juez especial.

Tampoco pudo eludir el asalto de los periodistas. Uno insinuó:

—Comprendemos que deseará descansar, pero el atentado ha suscitado comentarios de toda índole, que nadie mejor calificado que usted, podrá disipar.

Ardientes los ojos, Dekobra fue enfático, sin teatralidad, al erguirse entre el cerco de los profesionales de las indiscreciones:

—He visto morir a poca distancia, despedazados, a seis amigos, que fueron fieles asociados. Juntos enfrentamos los riesgos inherentes a los intrincados negocios, propios de la época en que vivimos.

—El atentado, ¿iba dirigido contra usted personalmente?

—Tengo la certeza de que alguno de ustedes calificará este suceso, con el titular de «Extinción de la banda de Dekobra». No culpo a nadie más que a mí, de mi tormentoso pasado, pero aspiro a la paz, aspiro a ser un vulgar ciudadano. Señores, he sido siempre cortés con todos ustedes. Pido que me releven de interrogatorios, ya que acabo de satisfacer todas las preguntas legales. Y repito que ignoro quién pudo ser el autor de esta salvaje matanza, en la que han perecido mis amigos.

No había mención de que fue el inspector Lefranc el que logró romper el cerco de los periodistas. Y señaló Lefranc el coche oficial en que había venido a Le Canet, desde Marsella.

—Le conduciré hasta el hotel, ya que prefiere no volver a su domicilio. Tengo autorización para que en el hotel, dos compañeros míos, impidan que sea usted importunado.

Instalado junto al volante, expuso Dekobra:

—Le agradezco la atención, y considero necesario que hablemos,

Lefranc. Yo solamente sé que si cometí diez infracciones, me achacan mil, pero de hombre a hombre, Cristo por testigo, le juro que lo sucedido esta madrugada, escapa por completo a mi comprensión.

—El atentado iba dirigido contra usted. Quién lo planeó, no podía saber que sus socios y amigos decidieron todos, por razones de inseguridad en el pulso, elegir su coche, Dekobra. Tampoco podía saber el autor del atentado, que usted sería el único que no subiría en su coche.

Frunció Dekobra el ceño, y añadió Lefranc:

—El propietario del «Bellevue» ha efectuado unas declaraciones muy sinceras y convincentes, apoyadas por otros testigos, y todo demuestra que usted no preparó el azar a su favor. Pero no debe sentirse mortificado por el clamor popular, que en todos sus actos sospecha maquinaciones.

—Las únicas dos opiniones que ahora no deseo me sean contrarias son la de los policías honrados, y la de los Castel.

—Lo malo es que los actos más lógicos, suscitan prevención al intervenir usted en ellos, aunque sea como simple relación con las víctimas. Me ha visitado privadamente Jean-Claude Castel.

—No debió hacerlo. Me lo temía, ya que puede perjudicar a su honorabilidad. La Prensa puede hacer cábalas sobre el papá político que no desea serlo. Aunque a usted le conste como a mí, que Jean-Claude Castel no es hombre que mataría... de este modo.

—Usted le telefoneó a su hotel de Bruselas, rogándole una entrevista urgente en el «Bellevue».

—En efecto. Para las tres de la madrugada.

—Una hora antes del atentado. Y usted le hizo una declaración melodramática, sobre la maldición que él lanzó contra la posible prole de un enlace Castel-Dekobra.

—Hice constar al señor Castel que en bien de su propia hija, debía retirar su bestial maldición. Hice constar al señor Castel que el primero de sus antepasados, con fortuna, que se instaló en Marsella, fue un negrero, y se casó con dama con título, sin que el padre de ésta, y eran tiempos mucho más puritanos, lanzase una maldición de clase tan execrable.

—Creo también que le afirmó algo extraño a su reacción suegro.

—Si mañana, antes de la ceremonia, no perdona a su hija por

haberse enamorado de un rufián como yo, y que aspira a dejar de serlo, dejaré de ser la causa de una posible calamidad familiar.

—¿Suicidio? —Silabeó secamente Lefranc.

—Ayer tarde, Yolande dijo que empezaba a quererme, y que nuestro matrimonio sería por su parte, una unión con espontánea entrega de alma y cuerpo. Yo, queriéndola con plena devoción, y no de adolescente, consideraría una canallada ser involuntariamente dañino para ella.

—Ha sido usted siempre un maestro en mentir con tanta emocionante sinceridad, que ahora, como en el cuento del lobo y los pastores, cuando a lo mejor habla sinceramente, pueden los pastores creer que miente el lobo.

—Allí el que mentía era el zagal. Ya somos mayores nosotros. ¿Usted cree que miento, inspector?

—Mi opinión particular no alteraría su destino. No podía usted ignorar que encontraría plena repulsa en el viejo Castel.

—Pero no pensé que llegase al extremo de una maldición tan injusta contra su propia hija. Estoy muy fatigado, inspector, y el reciente suceso me ha vuelto pesimista. Es como si fuera un símbolo... Como si fuera a cumplirse la predicción de mi madre, que me previno del peligro de un cambio de ambiente y condición social.

—Indudablemente, esta vez los hechos no le favorecen. Dekobra. Porque anoche, un poco antes de las diez, Simon Castel le advirtió que iría a visitar a cada uno de los hombres... que precisamente saltaron esta madrugada en pedazos.

—Los reuní por dos motivos. Disolver nuestra asociación, y avisarles que Castel pensaba someterles a un interrogatorio brutal.

—Si de aquí a mañana no ha sido capturado el que hizo explotar su coche, nadie podrá impedir que Simon Castel realice deducciones, sin pruebas físicas, pero sí morales, contra usted.

Dekobra reclinó la cabeza en el respaldo. Cerrando los ojos, dijo:

—Necesito dormir largamente, inspector. Y mañana, los Castel tendrán en sus manos mi sentencia.

—Si permanece en su habitación del hotel hasta mañana, todos saldremos beneficiados, Dekobra.

No hablaron más. Lefranc detuvo el coche en la entrada posterior dando a los garajes del hotel. Dos colegas suyos se

instalaron de modo que nadie pudiera «importunar al hombre que quería dormir a fondo».

Anochecido ya, de regreso de diversas indagaciones, Lefranc encontró a Simon Castel, aguardándole en el rellano de su piso.

—Supongo que tendrás ya las pruebas de que Dekobra preparó la liquidación por derribo total de su compañía, terminando así de una vez con todos los posibles reveladores de sus secretos negocios. Y resulta claro que el dueño del «Bellevue»...

—El reloj estaba sobre el mostrador, porque se soltó un eslabón de la cadena, y se ofreció el dueño a arreglarlo. Es hombre de toda nuestra confianza, expolicía, y siempre ha actuado de confidente nuestro. Dekobra no se preparó un azar. Deja a cada cual su oficio. No dudes que al menor indicio sólido contra Dekobra, no habrá boda.

—Mañana a las nueve, Dekobra visitará a mis padres. Hablé con Yola. Un trago amargo para ti, Lefranc. Este individuo debe poseer sortilegios. Lo siento por ti, pero ella está profundamente enamorada de Roger Dekobra.

A las nueve de la mañana del día siguiente, Jean-Claude Castel y su esposa, vieron entrar a Dekobra en el salón. Se inclinó para besar la diestra que tendía Clarisa Castel. Erguido, se enfrentó a Castel.

—Lo que ayer por la madrugada le dije confidencialmente, señor Castel, he de rectificarlo. Para mí, ella representa lo que no sé expresar. Pero es su hija. No será un sacrificio para mí,irme sin verla, para que siga siendo su hija, sin remordimientos para ninguno de nosotros dos.

Ceñudo y tan sombrío como el que dentro de una hora sería su yerno, replicó Castel:

—Yolande ha sostenido una larga conversación conmigo. He decidido que fui excesivamente riguroso con ella. No puedo acogerle con cordialidad, señor, pero hago mías las palabras del primer Castel que creó un hogar, éste. «Los errores no son grave pecado, si no se reiteran». Volveré a saludarle durante la ceremonia, señor.

Abandonó el salón, en el mismo momento en que entraba su hijo. Clarisa Castel dijo:

—Es costumbre antigua que los Castel inviten al que ha de formar parte de la familia, con un licor especial, Roger. Iré a

buscarlo, y podrán conversar tranquilamente usted y Simon. Cerraré la puerta.

Salió ella, Simon Castel, con profundas ojeras, forzó una sonrisa.

—Una vez me invitó a un coñac especial. Ahora corresponde a la familia Castel invitarle. Disponemos casi de cincuenta minutos. Hay mucho ajeteo adornando la capilla particular. Es curioso... Suena igual para los que van a casarse como para los que van a morir, la palabra capilla.

Dekobra permaneció impasible. Vestía de chaqué. Enguantada la mano izquierda, sosteniendo unos tirantes interiores su hombro herido. Rojizas en proceso de cicatrización las lesiones de frente y mejilla.

Un mayordomo, tras llamar, depositó sobre una mesita, una bandeja con un frasco de cristal tallado, y dos copas altas y estrechas.

Se retiró, cerrando la amplia puerta.

—Un licor de fresas, de fórmula exclusiva de los Castel, Roger. Podemos tutearnos, ya que los demás Castel te han aceptado.

—Usted no lo ha hecho todavía.

—No voy a ser más remilgado que la propia policía y el viejo Castel.

Escanció en las dos copas, y bebió tras alzar la suya en mudo brindis. Se sirvió otra, y comenzó:

—Un hermoso color sangre, Roger. A las diez y pico estarás en el avión con tu esposa, y no ha de importarte ya mi opinión. Pero me agradaría mucho comprobar si por excepción, puedes ser sincero.

—Rabiosamente sincero —y Dekobraapuró una segunda copa—. No tengo honor al uso corriente, ni puedo empeñar mi palabra, pero tienes derecho a preguntar cuánto quieras.

—Cientos de policías te han interrogado, Roger.

—No lo eres tú, y este instante es para mí tan solemne, como...

—Como por ejemplo, el que impregna de verdad la última hora de los condenados a muerte. Perdona el símil.

—Intento que muera mi pasado. Es pues bueno el símil.

—Una sola pregunta me bastará para juzgar tu sinceridad. ¿Quién conducía el taxi que yo cogí al salir de casa de Silvia, en Lyon?

—Morand.

—Ah... Entonces admites que fue un asociado tuyo el que me llevó a un lugar desierto de la carretera. Vamos bien, Roger. ¿Quién me golpeó en el cogote?

—Teo Leroy, mi tío.

—Vaya... Todo entre la familia. Me agrada tu brutal franqueza. Tu familiar me mantuvo días y noches amodorrado, ¿con qué finalidad?

—Todo te acusaba, y yo prometí a Yolande qué si ella accedía a ser mi esposa, yo entregaría al asesino de Bonard y Silvia. Nada tuve que ver con la muerte de Bonard, aunque le advertí que Gontran había jurado matarle. Y Gontran acechaba la oportunidad. Te vio cenando con Bonard y te creyó un vagabundo. Consideró la ocasión muy propicia para matar sin peligro.

—¿Por qué luego, decidiste hacerme espiar por uno de tus socios amigos?

—Al verte rondando a Silvia. Yo no sabía cuándo, dónde y cómo, actuaría Gontran, pero sí sabía que éste, sabedor de que ella se burlaba de él, acabaría con ella. Le aconsejé a Silvia que se largase lejos. No me hizo maldito el caso. Y perdió la vida. Para mí era la ocasión de obtener sin escrúpulos, lo que después, Yolande ha aceptado de corazón, cuando yo la relevé, la libré de cumplir con su pacto.

—Admite que fuiste tú quien envió a Gontran.

—No. Yo te aconsejé que no intentases penetrar en un mundillo desconocido, como también indiqué a Silvia que enfurecer a Gontran era como colocar una mecha en un barril de pólvora.

Por dos veces se había llevado Dekobra la diestra al estómago, dominando una crispación facial.

—Será la falta de costumbre de tomar este licor de fresas. Siento ardores —comentó.

—Es un licor fuerte del cual no conviene abusar. ¿Qué negocios tenía Bonard contigo?

—No fui yo a buscarle. Vino él. Tenía ofertas de piedras preciosas cuyo origen no viene al caso. Las podía montar en aderezos aquí, si lograba dos cosas: un taller y quien trajese las piedras desde Suiza y el norte de Italia, sin pagar el elevado coste de aduana, y pudiera luego venderlas a joyeros. Yo le podía resolver este asunto. El taller lo montó en los estudios de Franchot y Grivors.

Mi tío Teo traía las piedras, burlando la vigilancia fronteriza.

—Voy ahora viendo claro todo lo oscuro. ¿Quién mató a Gontran?

—Los dos policías. El abogado Gredin le hizo creer que podría huir. Decidió que era un vulgar asesino, que no merecía un juicio, donde habría delatado negocios en que intervino Gredin...

Contraajo de nuevo el rostro, y murmuró:

—Me encuentro mal... Parece como si mis piernas se niegan...

Miró a Castel, que también tenía las piernas extendidas y que asintió:

—Como si tus piernas se negasen a obedecerte, ¿verdad, Roger? Una experiencia nueva para ti, a quien todos obedecían. Hasta el dueño del «Bellevue» que te llamó tan oportunamente.

—No puedes ser tan injusto como para poder creer que yo pudiera matar tan cobardemente a mis propios...

Se interrumpió Dekobra. Veía como Simon Castel, con dificultad, estiraba un brazo, y asiendo el frasco, lo lanzaba al fondo del salón donde se estrelló contra el hogar.

—Yo sabía que Clarisa Castel cumpliría con el ritual, Roger. Traería el frasco de las ocasiones excepcionales. Esta madrugada coloqué en el licor de fresas una hierba que conocí en mis vagabundeos. Venenosa, y sin antídoto. Empieza la agonía para dos.

Roger Dekobra intentó hablar. Su garganta no obedeció.

Simon Castel fue declarando con lentitud:

—Vamos a pagar, sin más jueces ni testigos que nosotros mismos, Roger Dekobra. Yo, por autor moral de las muertes de tus socios. Tú, por ser el que indujo a Gontran a matar en las ocasiones propicias para tu plan. Los síntomas son evidentes. No puedes moverte, ni podemos alzar la voz. A solas, vamos muriendo, Dekobra. Casi te tengo lástima, porque deseabas redención.

—Yo no induje a Gontran... No puedo creer que seas tan salvaje... como para agonizar tú mismo...

—No olvides que me considero el autor moral de las muertes de tus socios. Es posible que seas sincero y no enviases a Gontran a matar a Bonard y a Silvia... Pero ayer por la madrugada cometiste un crimen, sin paliativos ni perdón. Quisiste hundir en el silencio para siempre lo que podía recordarte tu pasado... Vamos a morir, Roger Dekobra...

Dekobra logró incorporarse. En sus entrañas, algo corrosivo mordía con agudo laceramiento. Imprecó:

—Maldito seas...

Pero Simon Castel ya no oía nada, ni pudo ver como arrastrándose en sobrehumano esfuerzo, Dekobra intentaba alcanzar la puerta. No lo consiguió. Cayendo de bruces sobre la alfombra, gimió en estertores:

—Yolande... De nada sirvió mi sinceridad con el que... quise supiera que no tuve nada que ver con las muertes... ¡Yolande!

Fue su última exclamación.

CAPÍTULO XI

«RUMBO A NÁPOLES SURCA EL SÉPTIMO CIELO LA FELIZ PAREJA ROGER Y YOLANDE DEKOBRA DE CASTEL».

»La boda se retrasó, debido al parecer a encontrarse aún indispuesto de sus recientes heridas Roger Dekobra.

»—Es como resucitar —declaró el recién casado, al pie del avión.

»Y realmente, Dekobra estaba palidísimo. El águila de los negocios misteriosos, el hombre de los nervios de acero, en el umbral del matrimonio, era uno de tantos Dupont.

»—Regresaré a Marsella, cuando las investigaciones demuestren que sin ser un santo, no soy tampoco el *gangster* que muchos creen. Si infringí leyes aduaneras, pagaré las multas correspondientes, como cualquier ciudadano que trafica —declaró Dekobra eufórico—. Mi conciencia no me reprocha ninguna infamia. Aunque admito que en muchas ocasiones ayudé a la oportunidad».

«Con un pie en el peldaño de la escalerilla del avión donde le aguardaba su impaciente esposa, agregó Dekobra:

»—No se trata de mi redención, sino del final de una leyenda de temible emperador de los bajos fondos, que yo mismo exploté en mi beneficio, y que debe ya cesar».

Los periódicos insertaban también la declaración del inspector Lefranc, según la cual anticipaba que los delitos de Dekobra eran de

jurisdicción Fiscal Monetaria, sin responsabilidad criminal.

Y en privado, Just Lefranc, encerrado en la habitación-estudio de Simon Castel, aclaró varios enigmas:

—Te hice vigilar constantemente, tras tus declaraciones nocturnas de campanas repicando a funeral. Por la madrugada, uno de mis colegas te vio manipular con un frasco. Hice analizar su contenido en el laboratorio. Renovamos el licor de fresa, añadiendo en vez de la hierba venenosa que pusiste, un tóxico inofensivo, aunque doloroso, y que produce efectos aparatosos.

—¡Concho! —Gruñó Castel, dándose masajes en el estómago.

—Era un medio infalible de oír hablar claro a Dekobra, ya que creí que le anunciarías antes su agonía. Oí las últimas y muy sinceras palabras de Dekobra. Preferí que tras recuperar el sentido, tras la administración del mismo antídoto que has tragado, Dekobra no volviera a verte. Creo que era mejor.

—De acuerdo. ¿Qué más?

—No tuvo nada que ver con las muertes de Bonard y Silvia. Si aprovechó las circunstancias, ante la ley, no seguía los pasos de un posible asesino, Gontran, sino la marcha a ciegas de un Castel, juguete del verdadero criminal: Gontran.

—Ahora va a resultar que durante veinte años se dedicó exclusivamente a coger margaritas por los prados silvestres.

—Hay peleas en los bajos fondos, en las que el vencedor nunca es delatado, y la policía, agotados sus medios de demostrar la culpabilidad, ha de admitir que entre ellos también se administran su justicia. El cambio de frascos, se lo explicó tu madre. La escucha a ella con verdadera reverencia.

—Algo es algo.

—El tiempo pasará, y se extinguirá la leyenda que él mismos contribuyó a exagerar, porque le servía para sus fines.

—Pero ¿y la última jugada? ¿No saltaron dinamitados todos sus socios? Si no fue él, entonces, ¿quién pudo ser?

—Elsa Bonard.

—¡No! ¿Elsa?

—Ella siempre creyó que fue Dekobra quien pervirtió a su marido. Nunca le dijo Bonard que fue él mismo quien acudió en busca de Dekobra. Y ella creyó siempre que era Dekobra quien mató a Bonard.

—Pero Elsa... tan apacible...

—Lo siguió hasta el «Bellevue», colocando el mecanismo de relojería que Bonard le enseñó a instalar para usos domésticos. Ella sustituyó con cartuchos de dinamita, lo que en su casa eran timbres de alarma que funcionaban al tenderse un resorte, un resorte que conectó con el acelerador, y el encendido.

—Pobre Elsa...

—No quiso sobrevivir. Fue encontrada en su coche. Me avisaron. Tenía en el bolsillo de su abrigo la declaración escrita de su acto. No pensó que morirían otros.

—Bien, ya es hora de que casi tenga que pedirle excusas a mi futuro cuñado.

—¿Futuro? Ya están volando rumbo a Nápoles. Tú bebiste cuatro copas, y te dejamos reposar para el lavado de estómago.

—Vaya... ¿Vamos a canonizarle algún día?

—Los grandes santos fueron primero grandes pecadores. Y con imparcialidad, en este asunto, el único responsable fue tu amigo Bonard. Ganaba bastante dinero con sus patentes y representaciones. No debió tampoco burlarse de Gontran, tras robarle, diciéndole que el día menos pensado huiría a América con Silvia... Ah... Antes que se me olvide. Me dio Dekobra este mensaje para ti.

Lefranc tendió un sobre pequeño. En su interior, en una tarjeta, al dorso del nombre Roger Dekobra, leyó Simon Castel:

«Tardaremos algo en volver a vernos, cuñadito. No aceptes nunca una copa de mis manos. De todos modos, gracias. Contribuiste a que Yola y yo nos diéramos cuenta de que estábamos predestinados. Con el tiempo, espero que tú y yo nos toleremos sin rencor mutuo».

Con el tiempo, Simon Castel revistió ropas de corte impecable, y presidió consejos de administración. Cada cual nacía con su destino escrito.

En la cena de regreso de un empobrecido, pero corriente ciudadano de Marsella, la aparición del licor de fresas, hizo que Dekobra contemplase receloso a Simon Castel, que dijo:

—Mi cuñado y yo preferimos una copa de coñac añejo. ¿No es

así, Roger?

—Así es, Sim.

Ésta fue la única alusión de ambos, a un pasado truculento, barrido por un normal presente de tranquilos y normales ciudadanos de Marsella.

FIN

marabú



Psicosis

¿CONOCE USTED

...las horrendas curaciones a que eran sometidos los dementes en los siglos de la ignorancia y la superstición?

Leyendo este MARABU-ZAS podrá hablar usted de la importancia del subconsciente, el sentido de la vida, el inconsciente colectivo, la teoría de los reflejos...



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PRESIDENTES DE LOS ESTADOS UNIDOS



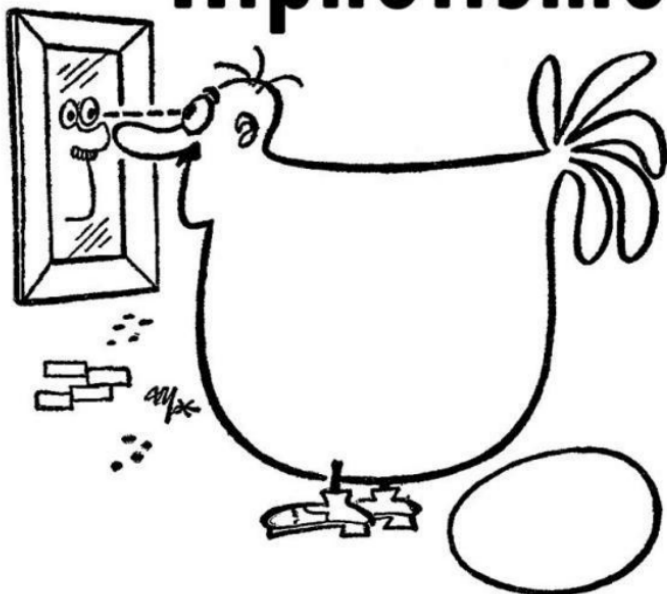
Con grandeza e intensidad distintas, treinta y cinco estrellas brillan en el firmamento político de la gran nación americana. Cada una de ellas corresponde a uno de sus presidentes.

colección

MARABU ZAS



Hipnotismo



¿Sabe usted ya si tiene dotes de hipnotizador?
¿Sabe, por el contrario, si su temperamento
hace de usted una persona fácilmente hipno-
tizable?

Pruebelo.

MARABU ZAS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.





ESO TIENE
VETERANO

OSBORNE
BRANDY V.O.
VETERANO
Producción de Santa María

un
VETERANO SABOR



EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain

